

# Boletín

de la

Asociación Española

de

Amigos de los Castillos.



Año V

n.º 19

# BANCO DE VIZCAYA

Fundado en 1901

---

Casa Central: **BILBAO**. Gran Vía, 1

---

Capital autorizado.....	450.000.000 de ptas.
Desembolsado.....	315.000.000 de ptas.
Reservas.....	715.000.000 de ptas.
Capital desembolsado y reservas	1.030.000.000 de ptas.

---

## 86 SUCURSALES

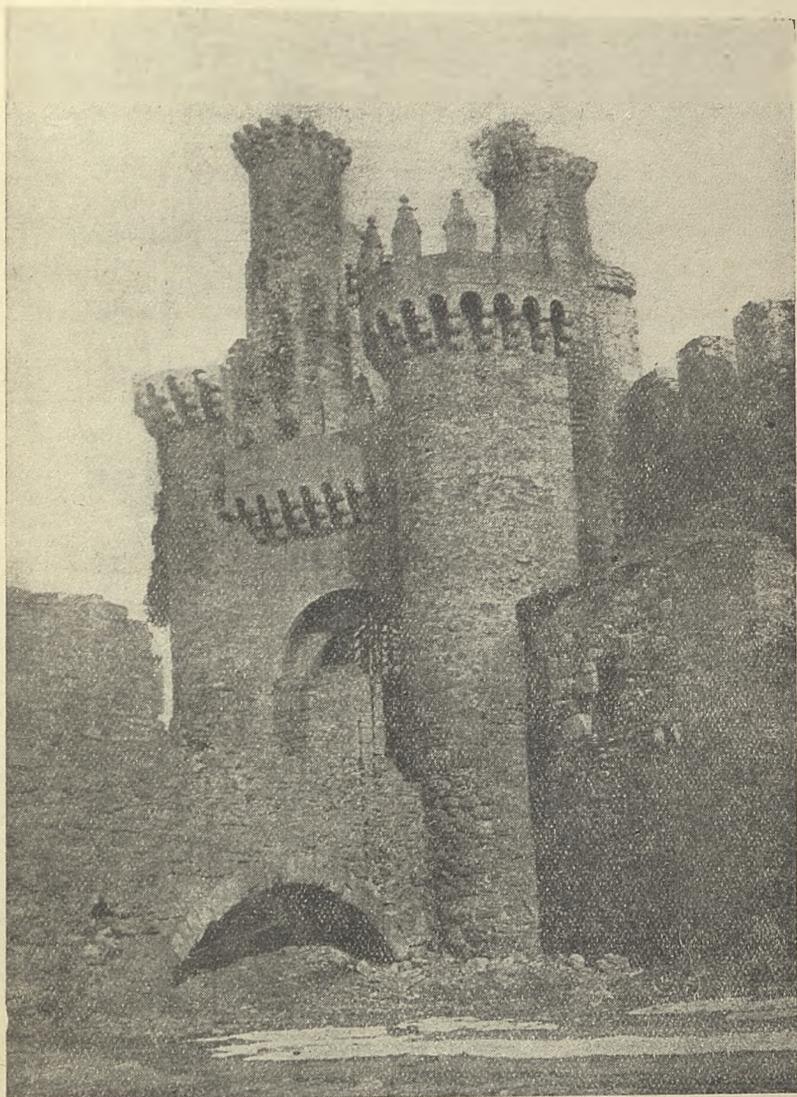
67 Agencias Urbanas en: Alicante (1), Baracaldo (1), Barcelona (15), Bilbao (7), Córdoba (2), Granada (1), Las Palmas de Gran Canaria (1), Madrid (23), Málaga (1), San Sebastián (1), Sevilla (3), Tarragona (1), Valencia (7) y Zaragoza (3).

100 Agencias de pueblos en diferentes provincias  
Extensa red de Corresponsales Nacionales y Extranjeros

---

**SERVICIO DE RELACIONES EXTRANJERAS**  
especializado en la tramitación de toda clase de operaciones relacionadas con el comercio exterior.

(Aprobado por la Dirección Gral. de Banca y Bolsa con el n.º 2.014)



Castillo de Ponferrada.

Vista de la grandiosa doble puerta del famoso monumento de la época de los Templarios, que fue, a la vez, fortaleza, palacio y cenobio.

## SUMARIO

	<i>Págs.</i>
Editorial.....	127
El castillo de Montalbán, por Angel Dotor.....	130
El monasterio de Guadalupe, por Celestino M. López-Castro .....	136
El castillo del Ancón de Liria, por Pascasio Trujillo.	141
La noble Casa de Feria y sus castillos, por Francis- co Felipe Montes de Oca .....	143
Los castillos de Segovia, por Julián de Torresano..	146
La torre del homenaje de Monforte de Lemos, por César-Jorge Quiroga Iglesias.....	152
Obituario, por Federico Bordejé.....	157
Visita al castillo de Portillo.....	159
Excursiones colectivas. ....	162
La Exposición «Castillos del Reino de Granada», por Eugenio Sarrablo.....	166
Bibliografía, por A. D. y E. S. A. ....	169

# ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE AMIGOS DE LOS CASTILLOS

AÑO V

OCTUBRE-NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1957

N.º 19

## Editorial

A los pocos meses de quedar constituida la Asociación Española de Amigos de los Castillos se comenzaron a realizar excursiones colectivas a los castillos próximos a Madrid, escogiéndose circuitos apropiados a fin de que su duración no excediera de las horas precisas para salir de la capital a las nueve de la mañana y volver al punto de partida a las diez de la noche como máximo.

La Comisión de Excursiones fue adquiriendo la experiencia necesaria para resolver los inconvenientes que en los proyectos de su organización iban surgiendo, a fin de lograr la mayor eficacia de las mismas, llegándose, transcurridos más de tres años de práctica, a exteriorizar, sin temor a errores, un criterio sereno que pueda complacer no sólo los deseos de nuestros asociados, sino también del elevado número de simpatizantes que nos acompañan. Creemos llegado el momento de hacer pública manifestación de los resultados obtenidos gracias a dicha experiencia, con el objeto de demostrar que la organización de los circuitos no es cosa tan sencilla como parece.

En el mundillo de cuantos simpatizan con nuestros fines, en los reportajes de prensa de temas castrenses y afines, incluso en las conferencias que organizamos se aboga frecuentemente por la ineludible necesidad de ampliar los itinerarios para visitar *todos los castillos de España*, y precisamente de este tema vamos a tratar hoy, por considerarlo de trascendental interés.

Conociendo los nombres de los castillos, cosa fácil, porque en su mayoría llevan los mismos de los pueblos, villas o ciudades donde radican, es muy sencillo hallarlos en cualquier mapa provincial o nacional, en los cuales constan las distancias entre las distintas localidades, y sólo resta, haciendo un cálculo elemental de las mismas y de las velocidades de los autocares que se utilizan para estos fines, escoger el itinerario deseado, en un dos por tres, como vulgarmente se dice.

Pero no es así. Se da muy frecuentemente el caso de que des-

pués de escogido el itinerario *teóricamente*, en la práctica resulta imposible realizarlo, por la sencilla razón de que son varios y muy importantes los factores que en ello intervienen.

El primer inconveniente que surge es el de encontrar un lugar adecuado para almorzar al mediodía, lugar cuya situación se ajuste al horario prefijado por el número de kilómetros que sea necesario recorrer, ya que en la mayoría de los casos no existe restaurante en las mismas localidades en donde los castillos están situados. Este obstáculo obliga muchas veces a tener que desistir del itinerario escogido. Pero aun prescindiendo de este obstáculo, que es uno de los principales, y estudiando otros factores, nos encontramos con uno también importantísimo.

En los planos se aprecian perfectamente las carreteras generales, provinciales y locales que con el distinto trazo de líneas y color se clasifican de primera, segunda y tercera categoría, y a los lugares en donde existen castillos hay que ir por unas y otras, si se quieren visitar *todos los que conocemos*. Pues bien, con los grandes autocares no se puede transitar sin dificultad más que por las carreteras de primera y segunda, y aun en las de segunda se corre el riesgo de sufrir algún percance, por su estado lamentable, y la Comisión de Excursiones sabe muy bien que los conductores de los grandes coches de turismo no se arriesgan a circular por caminos que puedan ocasionarles desperfectos, porque suya es la responsabilidad si así les sucede.

Aun en el caso de que los caminos de tercera y cuarta categorías estuvieran en buen estado, su anchura no permite, sin peligro evidente, el cruce de estos coches grandes con camiones de carga pesados, y este obstáculo en algunos casos, aunque parezca extraño, no ofrece solución, pues alguno de ellos tendría que retroceder hasta buscar un cruce de caminos o alguna pradera asequible a este fin, cosa problemática, esto sin contar con la posibilidad de encuentros con otros vehículos similares en curvas cerradas y a gran velocidad, exponiéndose a dar un coletazo con la trasera del contrario, cuyo resultado sería lamentable y peligrosísimo para todos los viajeros.

Estos caminos no están asfaltados, lo cual en tiempo seco y caluroso obliga a cerrar todas las ventanillas para no asfixiarse con las nubes de polvo que se levantan, y en tiempo lluvioso, para evitar derrapes, es preciso marchar a poca velocidad.

Pero sigamos despreciando obstáculos utilizando todos los caminos buenos y malos para llegar al castillo anhelado cuyo nombre figura en el plano, y nos encontramos con que está separado del pueblo algunos kilómetros sin carretera y además situado en una elevación rocosa y sin posible acceso. Sin embargo, su aspecto exterior, visto desde lejos, nos anima a arriesgarnos, y después de una caminata de más de media

hora advertimos que se trata de unas ruinas de tan poco interés que lamentamos el tiempo perdido y las molestias sufridas.

Hay otros castillos que no son roqueros y sí accesibles a los grandes coches hasta sus propias puertas. Por el exterior parecen estar completos y, sin embargo, por dentro están completamente vacíos, y por si esto fuera poco, nos encontramos con que están utilizados para vertederos de inmundicias. Otras veces están convertidos en corrales de ganado vacuno o de cerda, en donde se respiran olores pestilentes. Es decir, que de los dos mil castillos que aun existen en España, si empezamos, por unas causas u otras, a eliminar los que no pueden o no deben visitarse, queda reducido su número de tal manera, que la cifra restante parecería una verdadera exageración, y, sin embargo, así es.

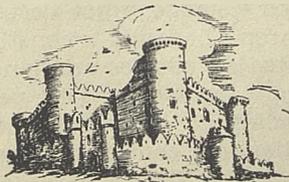
Como ves, querido lector, no es tan fácil hacer circuitos de turismo para visitar todos los castillos.

Si se quiere hacer una labor útil para los turistas, es preciso eliminar de nuestros proyectos todos los obstáculos que hemos ido manifestando, y así los que visiten nuestros castillos ya escogidos, al admirar la grandeza de sus conjuntos de piedras doradas por el tiempo, evocarán sus historias, sus tradiciones y leyendas, sin guardar prejuicios de ninguna índole.

Nuestras excursiones hasta ahora han tenido un gran éxito; de ellas hemos obtenido muchas enseñanzas para el porvenir; su estudio ha sido lento, porque antes de realizarlas se hace preciso averiguar muchas cosas para prevenir posibles contratiempos, y aun así no se consigue del todo.

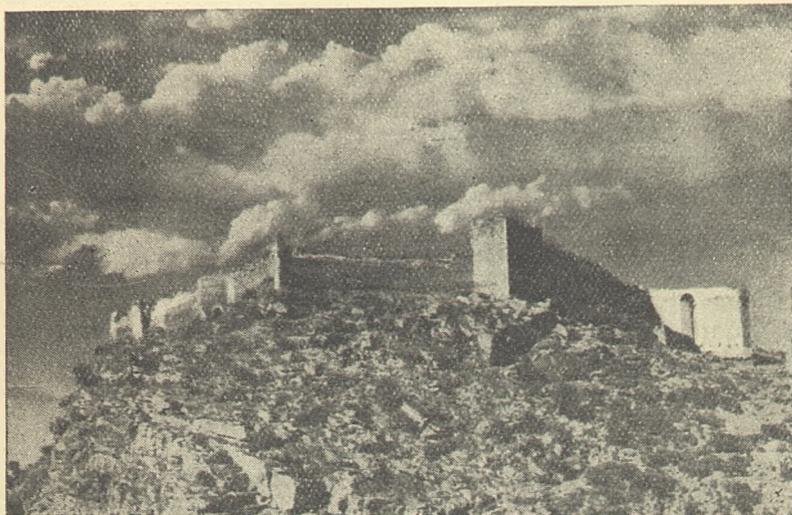
Nuestra labor de divulgación tiene que hacerse en tal forma que su desarrollo no implique un desprestigio para España, lo cual sería contrario a nuestros fines.

Estas son las razones fundamentales para que no podamos complacer los vehementes deseos de algunos asociados o simpatizantes, de proyectar circuitos de turismo a todos los castillos aún existentes.



# El castillo de Montalbán

POR ANGEL DOTOR



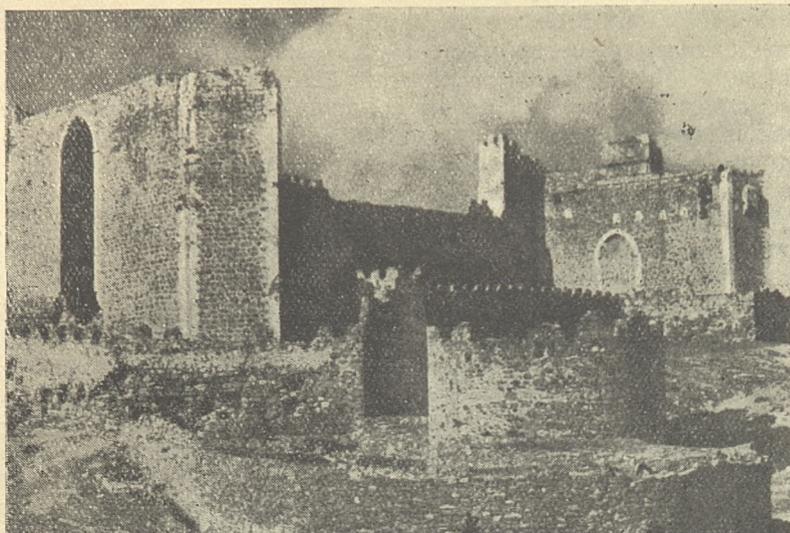
Vista general del castillo de Montalbán desde el lado Suroeste, tomada desde la parte media del ingente despeñadero granítico recayente al río Torcón.

ESTA gran fortaleza toledana, bastión principal de la línea meridional del Tajo, no está situada en el término municipal de La Puebla de Montalbán, como figura en algunas descripciones de la misma, sino en el de San Martín de Montalbán, si bien ambas villas, distantes una treintena de kilómetros, fueron dos de las cuatro integrantes del señorío de dicho nombre.

Se la cree de origen visigodo, y que después los sarracenos la restauraron y ampliaron, llegando a constituir uno de los bastiones más importantes en que los cristianos se apoyaron, tras ser reconquistado, para consolidar esta parte de Castilla. Alfonso VII *el Emperador* lo dio a los Templarios, quienes lo reconstruyeron, ampliándolo considerablemente en el siglo XII. Estuvo en poder de dicha Orden hasta el año 1308, en que Fernando IV *el Emplazado* secuestró las posesiones de la misma, que pasaron a constituir dominio de la Corona. Alfonso XI

lo donó, en unión de los de Capilla y Burguillos—«tres de los más fermosos y fuertes que son en el Regno de Castiella», según se lee en la *Crónica del Rey don Pedro*—al famoso palaciego Fernández Coronel—el de la conocida frase «Castiella face sus omes e los gasta»—, y cuando éste se rebeló contra Pedro *el Cruel*, de quien había sido ayo, a consecuencia de lo cual fue preso en su fortaleza de Aguilar y decapitado, el castillo de Montalbán pasó a poder del Monarca, que seguidamente lo donó a doña Beatriz, hija natural suya, habida con doña María de Padilla. A comienzos de mayo de 1353, dejó don Pedro en este castillo a su amante anteriormente nombrada, al cuidado de un hermano bastardo de ella llamado Juan García Villagera, y cuando habían transcurrido sólo algunos días de su matrimonio con doña Blanca de Borbón, sobrina del Rey de Francia, efectuado en Valladolid el 3 de junio de aquel año, el desatentado monarca castellano abandonó a su esposa, yendo, acompañado de gran séquito, a unirse a la Padilla en La Puebla de Montalbán, a donde le había ordenado que se trasladase desde la fortaleza.

Otro monarca cuyo nombre se encuentra vinculado al castillo de Montalbán es Juan II, quien en 29 de noviembre, cuando, tras el llamado *atraco* de Tordesillas, quedó casi a merced de su alevoso primo, el Infante don Enrique de Aragón, y contando sólo con la incondicional adhesión y compañía del que fue su salvador en arduos trances, don Alvaro de Luna—luego por él inicualmente inmolado—y algunos caballeros, escapó de Talavera, donde no se encontraba seguro, camino de Montalbán, que entonces pertenecía a doña Leonor de Aragón. «Se hizo el paso del río por el Rey y los suyos—escribe un historiador—, no sin peligro, en una barca. El Rey pasó el primero, y en el castillo de Malpica, muy próximo a la ribera, esperó a los demás. Cuando llegaron, se dispuso que Pero López de Ayala y Pero Carrillo de Huete se adelantasen para tomar la puerta del castillo de Montalbán. Intentó, al verlos, cerrarla un mozo del alcaide que salía con un asno a darle agua, mas Carrillo lo impidió, dándole un golpe, con la espada de plano, en la cabeza y tomando la plaza. El y López de Ayala subieron a la torre del homenaje y se apoderaron de ella. Fue afortunada circunstancia la de la salida del mozo con el asno, pues se hallaban los del castillo en la cocina, muy alejada de la puerta, por ser el día muy frío, y no era fácil que oyesen desde allí las llamadas. El Rey llegó al castillo, con su escolta, casi a la hora de vísperas. Lo primero que hicieron fue informarse de si estaba abastecido, y no hallaron sino ocho panes cocidos, una fanega de harina, fanega y media de cebada y poca leña con que hacer lumbre y calentarse. Ante penuria tal, que no auguraba buen fin si acudían desde Talavera a cercarlos, se



Detalle del frente principal del castillo, al lado oriental. Pueden apreciarse la barbacana, las torres salientes o «espolones», el gran lienzo de la muralla y la original defensa avanzada de un gran depósito de agua.

enviaron sin tardanza cartas del Rey a los lugares comarcanos pidiendo vituallas, y a las Hermandades socorros de hombres que ayudasen a la defensa. Se hizo todo con diligencia tal, que aquella misma noche llegaron al castillo hasta 50 ballesteros y lanceros de los montes cercanos, con algunas viandas que pudieron reunir; pequeño, pero precioso auxilio, en circunstancias tan apuradas. Nadie pudo dormir la noche de la llegada en el castillo de Montalbán: mensajeros del Rey salían y entraban sin cesar, e iban viniendo, unos tras otros, los que acudían presurosos al recibir el apremiante llamamiento del Rey don Juan II. Además, ocurrió un accidente que aumentó la zozobra y la preocupación: al recorrer todo el castillo para organizar la posible defensa, casi a oscuras—según la *Crónica*, no había ni una candela de cera ni de sebo—, el Rey se metió un clavo por la planta del pie y hubo de curarle la mujer del alcaide, quemando la herida con aceite.»

Pero don Enrique, tan pronto como supo la huida del Monarca y la dirección que llevaba, persiguiólo, acompañado por sus secuaces, entre los que figuraban el Condestable López Dávalos, Pero y García Fernández Manrique, Iñigo López de Mendoza y el Arzobispo de Santiago, llevando 500 hombres de armas, y al enterarse que consiguieron penetrar en el castillo, guardado por poca gente y que allí se encontraron sin bastimentos,

decidió establecer riguroso asedio, a fin de que no pudiese llegar a los sitiados socorro alguno. La *Crónica del Rey*, en su año décimocuarto, capítulo XXXII, dice así, refiriéndose a los sitiadores: «E fueron luego certificados cómo el Rey no había hallado en el castillo vianda ni otro bastecimiento, para que pudiesen mantenerse dos días los que con él estaban, a por eso pusieron muy diligente guarda, porque viandas algunas no entrasen en el castillo, salvo solamente lo que era necesario para el mantenimiento de la persona del Rey; y esto era una gallina, e un pan, e un jarro de plata pequeño de vino, e otro tanto para cenar. E hicieron muchas chozas por todo el Real, y embiaron por algunas tiendas, e hicieron todas las otras cosas e pertrechos de guerra que en cualquier cerco se acostumbra a hacer, salvo combates, los cuales decían que dexaban de hacer por la persona del Rey estar allí.»

De la difícil situación en que se encontraron los sitiados, por carencia de recursos, da idea lo ya dicho y esto otro que transcribimos, sacado de la misma fuente: «En el castillo de Montalbán quedaron 20 de aquellos montañeros para reforzar la defensa, y, sumados con los que estaban con el Rey, se juntaron hasta 45 ó 50 personas, a más de 25 caballos: pocos hombres para poder pelear; demasiados, para poderse mantener con tan floja despensa. Duró el pan cinco días, aun repartiéndolo no más que a cuatro onzas por cabeza. No había carne, y contrastaba con la escasez de alimento la sobrecarga del trabajo preciso para estar en constante acecho, prontos a resistir cualquier acometida y a aprovechar cualquier descuido y la negrura de las noches para burlar la vigilancia, filtrando a través de ella mensajes a ciudades, villas y caballeros, pidiéndoles ayuda. Al cuarto día de cerco hubo que acudir, para mantenerse, a matar algún caballo: el primero, el del Rey, según ordenó él mismo, y después, otros dos. Cuenta la *Crónica* que don Alvaro de Luna, el Conde don Fadrique y el de Benavente decían que *era dulce carne, e muy buena de comer, salvo que es mollicia*. Se adobaron los cueros para zapatos.» La tenacidad de los del castillo en no acceder a las exigencias del Infante, así como el temor de éste y los suyos ante la posibilidad de que don Juan se presentara con sus huestes y les acometiera y venciese, en defensa del Monarca, fue causa de que levantaran el cerco, el 11 de diciembre, marchando a Ocaña. A poco, el pequeño núcleo recluido en el castillo contaba ya tres mil hombres y gran abastecimiento. Juan II estuvo allí hasta la víspera de Navidad, en que se trasladó a Talavera, terminando así aquel «curioso, movido y pintoresco» episodio.

El castillo de Montalbán fue dado por Juan II, en unión de los vallisoletanos de Tiedra y Urueña, a su privado don Alvaro de Luna, como recompensa por los grandes servicios que le prestó

entonces el magnate castellano, servicios tan decisivos para el afianzamiento de aquél en el Trono. Cuando cayó el Condestable, pasó a poder de los Pacheco y luego a sus sucesores, los Téllez-Girón y Pacheco, desde 1573 Condes de La Puebla de Montalbán, cuyo estado tenía siete leguas de perímetro.

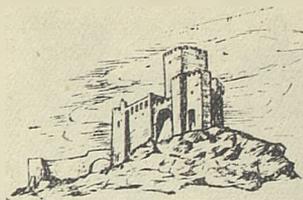
Esta grandiosa fortaleza está situada a cuatro kilómetros al Norte de San Martín de Montalbán, próxima a la carretera de Navahermosa y San Pablo de los Montes. Descuella visible desde larga distancia, dadas sus grandes proporciones y lo original de su emplazamiento, sobre un altozano granítico, junto al río Torcón, afluente del Tajo, que discurre por profunda cortadura de un centenar de metros. La contemplación de paraje y monumento en una tarde autumnal, iluminados por radiante sol, cuyo langor anuncia la proximidad del ocaso, constituye momento inolvidable, en que el visitante siente la emoción evocadora de tantos hechos y figuras como se encuentran vinculados al castillo en la diuturnidad secular, y hasta las tradiciones y leyendas tejidas en su torno, las cuales parecen revivir imaginativamente en aquel silencio rural, apenas interrumpido por el murmullo del agua discurriendo lentamente entre los berrocales.

El castillo tiene planta elíptica, de notable amplitud, con gran plaza de armas. La cortina meridional es la más extensa y muestra, como dato curioso, cimientos, que a trechos ofrecen piedras irregulares de gran tamaño, denotadoras de sus orígenes muy remotos, tal vez de la época romana. Los demás frentes, también de recios muros almenados; la gran torre, baja y ancha; las puertas, poterna y airosa barbacana denotan no sólo la hábil distribución que entonces se cuidaba dar a estos bastiones destinados a ejercer cardinal papel bélico, sino la solidez de su fábrica. Pero lo más interesante y original de su exterior lo constituyen, sin duda, los por algunos autores denominados *espolones*, que son dos grandes torres pentagonales, avanzadas del recinto, las cuales ponen de manifiesto el exótico entronque de esta fortaleza, cuya construcción, durante los siglos XII a XIV, debió de estar dirigida por maestros de la arquitectura militar venidos de Oriente, donde se cuentan edificaciones de esta clase similares en su disposición, originalmente arábigo-bizantina, a la que aquí glosamos. Este tipo de torre, análogo al que todavía puede verse en Escalona y Talavera, unida por arco apuntado al cuerpo principal del castillo, representa una superación de la llamada *albarrana*, al permitir más segura defensa al recinto, que cabía mantener aislado aun siendo tomada la torre por el atacante enemigo, pues careciendo la misma de comunicación directa con el interior, fácilmente podía cortarse en un momento el arco que servía para su unión a la muralla.

En el interior puede verse la que fue su gran plaza de armas, de cuadrilonga planta; las tres escaleras; los restos de sus vastas

estancias en la torre central, un tanto rebajada; los amplios adarves, etc. Estos últimos constituyen excelente atalaya para otear, principalmente en las direcciones septentrional y meridional, un vasto panorama que abarca desde la sierra de Gredos hasta la, más propincua, cordillera Oretana.

(Fotos Ortiz Echagüe.)



Acaba de aparecer la esperada segunda edición de

## CASTILLOS EN CASTILLA

por el Excmo. Sr. CONDE DE GAMAZO  
con prólogo del Excmo. Sr. D. Félix de Llanos y Torriglia,  
de la Real Academia de la Historia

Volumen de gran formato, 34 × 24 cm, XL + 200 págs., impreso en papel especial e ilustrado con 36 grabados en el texto y 8 planos y 46 láminas (de ellas 30 reproducciones fotográficas y 16 dibujos originales de D. Casto de la Mora).

Una de las obras fundamentales sobre la materia, magnífica guía histórico-descriptiva para el conocimiento de una treintena de castillos de primer orden situados en la región castellano-leonesa (provincias de Valladolid, Palencia, Segovia, Zamora y Avila).

**Precio del ejemplar: En rústica, 360 pesetas.**

**En piel valenciana con estampados en oro, 470 pesetas.**

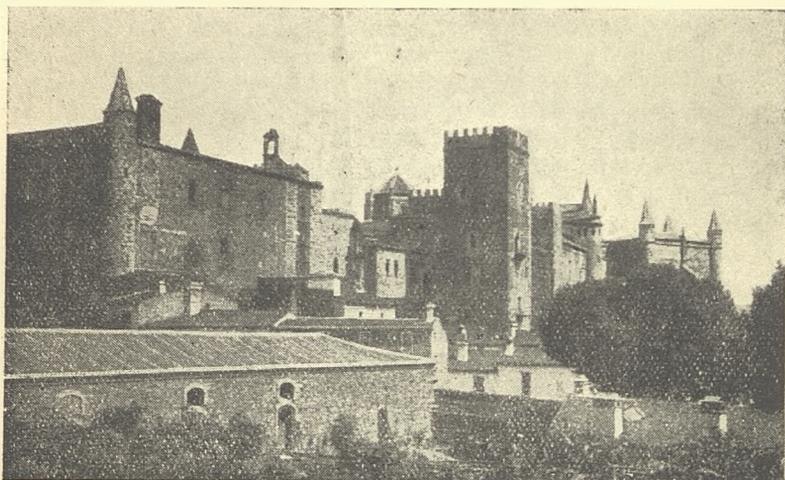
(A los miembros de la Asociación, 10 % de descuento)

Pedidos: Asociación Española de Amigos de los Castillos

CARMEN, 12 — MADRID — TEL. 21 24 54

## El monasterio de Guadalupe es también castillo

POR CELESTINO M. LOPEZ-CASTRO



Vista desde la huerta de los frailes.

**S**i ancha es Castilla, hirsuta y dura es Extremadura. Tierra de encinas y de bellotas, de castañas y de chorizos, de barrancos y de berruecos con sobrevuelos de águilas reales, de exploradores ultramarinos con vocaciones históricas. Pueblos por donde suenan ecos de conquistas y colonizaciones, porque de allí salieron Cortés y Pizarro, y los García de Paredes, Alvarados, Carvajales, etc.

En torno a Guadalupe, el berrocal remonta por todas partes sus ansias de fortaleza, en redor de la fortaleza misma de su monasterio, también piedra misma, aunque amontonada allí por el arte y la tradición. Hombres que lo fabricaron sudando sobre la cantería sacada del berrocal serrano, llevados por el carácter enterizo y español de perpetuar hechos e historia sobre el propio lugar donde se apareció al vaquero la Virgencita negrilla y menuda, que extendió su manto protector, de patronato, por toda Extremadura y por tierras hispanoamericanas de Méjico.

Muchos sueños fundacionales conocemos, nacidos de lo acaecido, de lo sucedido, de lo prometido. Una vez es la batalla de Toro, ganada por Isabel a doña Juana la Beltraneja, que nos

trajo en Toledo el gótico afiligranado de San Juan de los Reyes; y también aquella otra batalla ganada en San Quintín a los franceses, que dio origen al coloso de piedra granítica y herreriana de El Escorial; o la fundación isabelina de Miraflores, para guardar en sus monacales muros las tumbas de sus Reyes castellanos progenitores. Pero lo fundamentado y erigido a la sombra de la encina áspera, rústica, épica, ha de ser siempre más invadido por el espíritu. Porque allí, al pie del canchal escalado por cabras equilibristas, o sobre la barranquilla correteada por los conejos, fue un día aparecida la Virgen María a un pastorcillo ingenuo y rusticano; o encontrado milagrosamente un icono de la Señora oculto en el hueco de un árbol, o sumido en el pozo, o acurrucado en la caverna, que un día lejano, muy lejano, escondieron manos piadosas para que no lo profanasen los invasores islamitas.

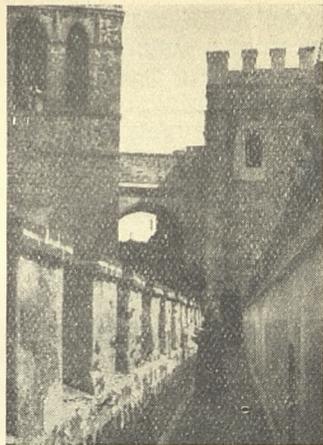
Este es el caso presente de Guadalupe; pero hay más. El fuero extremeño guadalupano ha pasado el mar y ha repercutido allí con ansias y veneración parecida, creando de esta suerte una devoción continental de la otra orilla oceana, y haciendo de Extremadura y Guadalupe tierra de solera, de vehemencias, de milagros, de peregrinaciones, de promesas. De aquellos berrocales, pues, al pie de la sierra de las Villuercas, salieron devociones a lo inmenso, a lo mundial, como un día fue Lourdes, el Pilar, Montserrat y hoy lo es Fátima.

Guadalupe es villa, pero también es puebla: la Puebla de Guadalupe se denomina. Puebla significa población, pero sólo llevan el apelativo de puebla aquellos pueblos que tienen anexo el apellido de la persona que la fundó, o del hecho o aparición piadosa y milagrosa que dio origen a la erección de un santuario, a cuya sombra se cobijó y creció una población o antañona ciudad.

Guadalupe es una villa señera, con su encumbrado y encastillado monasterio, que se empina sobre la plaza lugareña, triangular, porticada y pintoresca, palenque para peregrinos, palestra para adoraciones en masa, plaza de armas de este castillo-monasterio regido por los destinos de Dios. El pueblo vive de la plaza hacia abajo, en la puebla derrumbada por las calles clivosas y en las vías que van hacia atrás y se encallejan por vericuetos con casas engalanadas con flores. El monasterio, el santuario, el castillo, vive hacia arriba, en la pendiente alta, roquera y bélica. La plaza tiene todo lo que debe haber en una plaza de pueblo presumida y pintoresca, como ésta: unos porches vetustos, con comercios humildes y comadreo en las puertas de las casas; una fuente viejísima, con su pilón y sus caños, donde las mujerucas y mozas llenan sus cántaros de bronce. Y una gradería amplia, rumbosa, que conduce a un atrio espacioso, en cuyo fondo se



Torres fortificadas en el patio de la hospedería.



Adarve y almenas en la parte occidental.

exhibe la fachada gótica, con sus célebres puertas de repujado bronce, que avaloran con su mérito incalculable este frontis, tan desgraciado en reconstrucciones y aditamentos de cuerpos arquitectónicos bastardos, disparatados, que tanto la afean y que siempre se trata de reformar. Y de cuando en cuando, ruidos de autocares que llegan, bulliciosos y alborotantes, con cientos de romeros ansiosos de fe viva y de historia. Y su extremeño y extremado calor en el verano, que hace correr hacia adentro del templo, para buscar su frescor incensado y admirar su venerable arte y la Virgencita, que desde su camarín bendice al viajero.

Guadalupe tiene monasterio y también castillo, porque esto es una fortaleza militar con sus torres, sus cubos defensivos, sus barbacanas dentadas de almenas y sus terrazuelas y caminos cubiertos de ronda. Así aparece su defensa fortificada del edificio por la fachada principal, con sus dos torres robustas, pétreas; y otras torres más, albarranas, que aparecen entre merlones aspillerados y almenados. Y por su frente occidental, admirado desde la huerta de los frailes, presenta todo el aspecto de un recinto fuerte, con sus torres y sus lienzos amurallados. Porque este monasterio se levantó en épocas en que había que prevenirse contra el invasor árabe, o contra el enemigo envidioso, en aquellos tiempos en que el poder feudal de los condes repercutía en la vida religiosa y monacal, haciendo del monje un caballero de armas y llenando de aspilleras y adarves los torreones, las torres, los cornisamentos y todo el edificio. Tenía

que alternar el rosario con la ballesta; tenía que ponerse la estameña sobre la coraza.

Su interior es eminentemente ojival, como nacido en pleno goticismo del siglo XIV, cuando don Alfonso XI mandó erigir un templo, allá por el año 1366, para sustituir a la humilde capilla levantada sobre el propio terreno donde se apareció al vaquero la Señora, Reina de cielos y tierra.

El templo está cubierto por nueve bóvedas y tres naves, elevándose sobre la intersección de la mayor con el transepto un elegante cimborrio en forma de octógono regular, dividido en sectores por radios concéntricos. Y no queremos dejar de decir que también en el interior se hicieron reformas desastrosas, como las dos tribunas altas a los lados del coro y el enjalbegado general de bóvedas y paramentos, que sepultó bajo la costra de cal las pinturas famosas de Flandisco.

Interesante es la reja, forjada y plateresca, que corre de pared a pared de la iglesia, aislando el presbiterio, siendo curioso que está formada por tramos de diferente trazado, pero todos ellos dentro del estilo plateresco florenzado.

Entre las joyas más preciadas que este monasterio posee hay una gran arqueta, cubierto su frontis con esmaltes del siglo XVI y relieves de la siguiente centuria. Y su mayor riqueza está constituida por gran número de ternos antiguos y mantos de la Virgen, cubiertos de perlas y piedras preciosas, regalados algunos por reyes y princesas de la dinastía austriaca.

Posee el monasterio dos claustros: uno gótico, con tracerías caladas en sus arcos del piso principal, y otro mudéjar, grande y único en España. Sus arcos son de herradura, o herradura túmida, y en el centro de su bello jardín se eleva a gran altura un templete gótico y octógono, cuya planta inferior es puramente gótica, y la superior, de varios órdenes, acusa el estilo mudéjar de ladrillo entrelazado.

El retablo principal, de madera de borne traída de Suecia, fue tallado en 1618 por el eximio escultor toledano Giraldo de Merlo. Y allí aparece, sobre la mesa del altar, un tabernáculo, que es un bargueño, con su menuda cajonería y bronce, auténtico escritorio particular de Felipe II, que usaba en El Escorial.

Mucha fama ha llevado siempre la sacristía de Guadalupe, por los mármoles y entalladuras que la llenan. Pero lo más sobresaliente es la colección de lienzos pictóricos de Zurbarán y un gran farol, que era el de popa de la gran nave capitana de los turcos, caída en poder de don Juan de Austria en la célebre batalla de Lepanto.

El camarín de la Virgen es una obra decadente del siglo XVII; es de forma ochavada, muy amplio y de relevante arte lleno, ya que sus paredes las cubren grandes cuadros de Lucas Jordán. En la parte que da a la iglesia está el alojamiento abovedado de

la Virgencita de Guadalupe, que desenterró el vaquero por inspiración de la Señora aparecida. Es una imagen burda, tosca, como fabricada con anterioridad a la invasión islamita. Si hemos de dar crédito a la tradición, podría fijarse su época en la mitad del siglo VI, que es cuando la trajo desde Roma a Sevilla el Arzobispo San Leandro. Y de la ciudad del Betis se la llevaron al llegar los árabes, escondiéndola en un lugar escarpado, junto al Wad-al-Upe, nombre árabe que significa *Río de los lobos*, hasta que la encontró el humilde vaquerito.

*(Fotos López Castro.)*



## El castillo del Ancón de Liria

POR PASCASIO TRUJILLO

Don José Sanz y Díaz presidía, hace años, la célebre «Tertulia de Pombo», en Madrid, en sustitución de Ramón Gómez de la Serna, uno de los candidatos al Premio Nóbel de Literatura 1956. Allí lo conocí y allí pude admirar también su maestría en el mando de un buque que, para cualquiera, parecería indisciplinado, turbulento y falto de ruta. El me conocía por mis artículos desde Berlín y yo lo conocía por sus publicaciones en la prensa hispanoamericana. Allí, el conocimiento se trocó en amistad, que sigue dando frutos.

Sanz y Díaz forma parte, ahora, de la Directiva de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, y, por mediación suya, he pasado a ser miembro de tan simpática entidad, que ha dado una muestra de su empuje organizando la Exposición de los Castillos de España en 1956-1957.

Después de recorrer detenidamente la Exposición y contemplar maquetas y fotos y admirar el mapa gigante de España con sus dos mil castillos, me surgió la idea de transformar el Ancón de Liria en castillo, dándole rango y coronar así la obra que se viene realizando en él, para que resista el embate de los siglos y de la historia.

Pensado, aprobado y a la obra, que comenzamos, démosle por fecha el 22 de diciembre de 1956, en que el amigo Sanz y Díaz me invita a escribir un artículo sobre algún castillo.

A los castillos de España les hace falta imprescindible estar rodeados, a toda la extensión de su vista, de arboleda, en la que siquiera puedan anidar los pajarillos que recuerden continuamente, a señores y vasallos, los preciados dones del amor. El Ancón de Liria está espléndidamente provisto de árboles y pajarillos, pero, en cambio, le faltan aún cámaras y brillo; cámaras labradas en la roca y avitualladas, que puedan albergar también, aunque sólo sea provisionalmente, algunos naufragos de la tremenda lucha que ha de decidir la suerte del mundo, y brillo, para que la obra realizada en él no duerma ni esté muerta, sino que viva y relumbre.

El brillo lo desea el Ancón como la virgen al esposo y éste me lo pueden dar los castillos de España, enviándome trozos de piedra con su documentación para ir las engastando en las cámaras, con todo historial. A trueque de este precioso material se envía, también con documentación, tierra del Ancón, con la fórmula para reforestar en roca viva y en terrenos inhóspitos.

Sé, ciertamente, que doy menos de lo que recibo, pero tan ansioso estoy de enaltecer mi refugio, que pido, por favor, a los amigos de los castillos, que acepten mi modesta oferta.

Sacaré del fondo de la maleta la serie de veintidós artículos, escritos hace ya años, bajo el título general «El Ancón de Liria quiere ser retiro señorial», para repasarlos, pulirlos y ver lo que haya que añadir a la Biblioteca, al Oratorio y hasta al «caldo Lord Mountbatten», a fin de adaptar lo proyectado para un pobre viajero que retornaría cansado de andar por el mundo, por mansiones propias del nuevo rango que intenta recibir.

Y, en efecto; sólo un repaso al índice de artículos, observo que, si bien estaba prevista una cepilladora, no estaba el «taller de talla e incrustado» para la confección artística de las cajitas que contengan la tierra del Ancón, que, por su destino a personas del mayor rango, no pueden hacerse en serie, sino del mejor arte y adornadas en armonía con el fin que se persigue.

Otros problemas surgen también, tales como el helipuerto y hangar para la llevada y traída de cajitas y piedras, visitantes y mensajeros, y hasta para el indispensable comercio próximo y más lejos; la inevitable imprenta que, a diario, cuando no varias veces al día, dé noticias de cuanto sucede en el Ancón y más allá, instrumento indispensable para mi espíritu, que no se sacía de ver el nombre en letras de molde y en donde pueda ver también los nombres de mis amigos manando sabiduría, como los árboles del Ancón gotean agua apenas que la bruma atlántica los refresca y ensalitra y que sirva también de hilo fuerte para mantener ininterrumpida la ya tradicional comunicación con los amigos repartidos en, al parecer, lejanas tierras. Problemas son éstos que, quizá, pudieran parecer fáciles, pero que precisan también ponerles espíritu, para que tengan algún valor y no se conviertan nunca en trabajo.

La organización interior, le daremos la más segura, como la de un buque en alta mar, siempre con vigía en la atalaya, en espera de descubrir nuevas tierras y de evitar escollos, y, para que nada falte, iremos preparando el escudo en el que irá la tabaida labrada en turmalina; la avispa labrada en amatista y la esmeralda bien engarzada en oro, de ese oro, suerte y paz completa, que me desea el divino vate Javier de Burgos, en una inspirada cuarteta autógrafa de felicitación.

He aquí cómo el espíritu claro de don José Sanz y Díaz, hijo del Señorío de Molina de Aragón, enclave en los nacientes del río Tajo, comienza a transformar otro enclave, el Ancón de Liria, que está cara a tres continentes.

Ya han salido las órdenes de que se redoble el cuidado de las rosaledas y violetas del Ancón y que se aumente el dedicado a los berros.

# La noble Casa de Feria y sus castillos

POR FRANCISCO FELIPE MONTES DE OCA

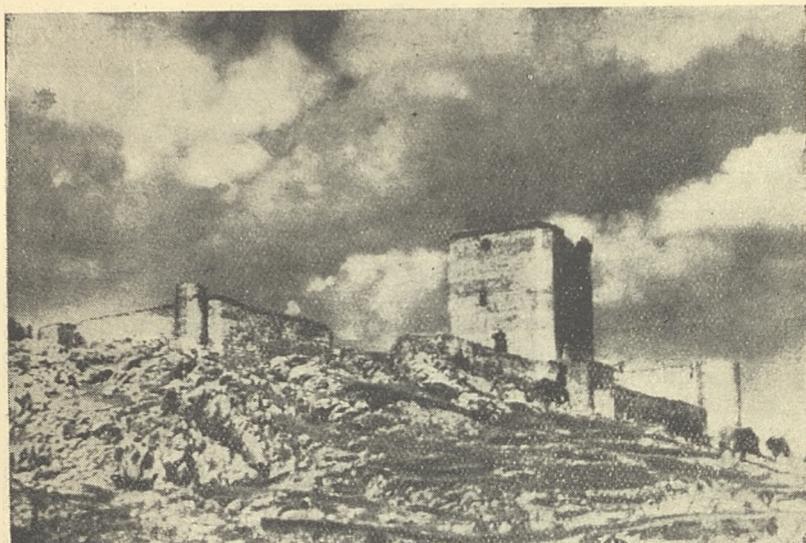
UN gran número de castillos poseía la noble Casa de Feria en su dilatado feudo extremeño, que, según se dice, estaba constituido por dieciséis pueblos. La distinguida familia Suárez de Figueroa, señores del poderoso estado de Feria, conserva en nuestra provincia una larga serie de castillos ungidos por el óleo de la Historia en sus páginas más gloriosas. Todos ellos jugaron importante papel como fortaleza y feudo, enriqueciendo en alto grado la historia de la arquitectura militar española.

Es indudable que uno de los interesantes aspectos de la provincia de Badajoz lo constituyen esas viejas fortalezas, muchas de ellas mutiladas, carcomidas por la incuria y el peso de los años y el asalto de sus adversarios; pero todas se encuentran desafiantoras y orgullosas de su pasado de gloria.

Pocas villas hay en estas tierras de conquistadores que no conserven como vigía dominador su antiguo castillo, evocador de brillantes páginas guerreras.

Son muchos, como decimos, los castillos que esta encumbra-da familia tenía en su feudo extremeño. Uno de los mejores es el castillo-alcázar de *Zafra*, sede que fue antes de dichos señores. Este magnífico castillo del siglo XV conserva sus recias torres y murallas, con almenas y barbacanas, manteniendo todavía en su interior su pureza gótica, colosal obra de aquella época, que sirvió para recreo y fausto de dicha familia. Fue mandado edificar en 1437 y quedó terminado seis años después.

El de *Feria*, que domina la villa por NO., sobresale airoso, como vigía, desafiando los siglos. Se encuentra enclavado en una abrupta sierra que lleva su nombre, a unos doscientos metros de la población, a la que da belleza y poesía; fábrica de planta poligonal irregular, desde donde se domina un vasto panorama. Lo mandó construir el segundo señor y primer Conde de Feria, don Lorenzo Suárez de Figueroa, en el año 1460, siendo terminado por sus sucesores en el 1513. Fue mansión preferida de sus dueños, hasta el extremo de que don Gómez Suárez de Figueroa, después de ser elevado a ducado el condado de Feria, trajo a su mujer a morar en él. Por su recia construcción, es uno de los más fuertes de Extremadura. Hay fundamentos para creer que esta fortaleza se edificó sobre las ruinas de otra, de época romana, de cuyos recintos se conservan aún vestigios. En 1808, la invasión francesa, después de abrir varias brechas en sus murallas, no sin esfuerzos, consiguió apoderarse del castillo y su plaza, destruyendo y derrumbando sus interiores.



Castillo de Feria (Badajoz).

Castillo de Salvatierra.



(Fotos Ortiz Echagüe.)

*Salvatierra de los Barros* conserva gloriosas ruinas de su castillo, que perteneció al feudo de Medinaceli. Construido en el siglo XII, fue magnífico y perteneció, como los de Zafra, Feria, Nogales y Los Arcos, al feudo de los Suárez de Figueroa, con todo el abolengo de aquella familia.

El bello castillo de *Nogales*, de ejemplar construcción, es de planta cuadrada, con cuatro torreones y cilindros y torre del homenaje. Tiene tres pisos. Fue construido en 1438 por el primer Duque de Feria. De él dice Mérida: «Es de singular importancia, por cuanto con el de Feria y con el alcázar de Zafra, forma la red defensiva que en línea SE. desde Badajoz mantuvo, a fines de la Edad Media, la poderosa familia de los Suárez de Figueroa, que, por sus esfuerzos, vinculó en ella los títulos de Conde y más tarde de Duque de Feria.»

El castillo de *Villalba de los Barros*, de aspecto arquitectónico más señorial que militar, estuvo vinculado, como tantos y tantos, a aquella gloriosa y legendaria estirpe, que supo llenar con sus heroísmo, hazañas y hechos guerreros, las páginas inmortales de la historia de España.

Aparte de aquellos que pertenecieron al feudo de los Suárez de Figueroa (algunos de ellos ya citados), resulta interesante para los amigos del arte y de la historia la excursión que puede realizarse en un solo día por la llamada ruta de los castillos: *Olivenza, Alconchel, Higuerra de Vargas, Barcarrota, Salvaleón, Salvatierra de los Barros, Zafra, Feria, Nogales y Los Arcos*.

Tras una larga etapa de incuria y olvido, el castillo español se encuentra hoy noblemente amparado y protegido por la Asociación Española de Amigos de los Castillos, desde la promulgación del Decreto de 22 de abril de 1949, la cual viene impidiendo que esas piedras provecetas, llenas de historia y hondo recuerdo guerrero, sigan su paulatino derrumbamiento.



# Los castillos de Segovia

POR JULIÁN DE TORRESANO



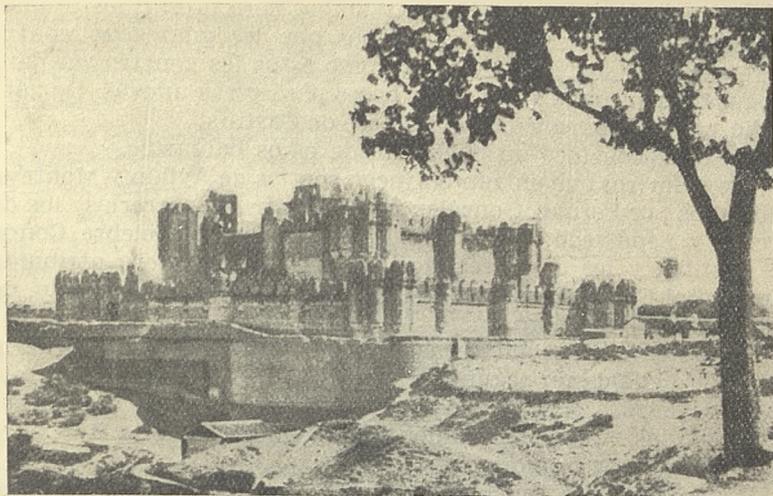
Vista general del Alcázar.

Voy a ofrecer a los lectores de este BOLETÍN un trabajo encaminado a investigar y comentar la significación e influencia de los castillos provinciales en la historia nacional.

Porque un trabajito con datos geográficos e históricos, fechas y nombres, lo fusila cualquiera de una Guía o de una Enciclopedia.

Pero trazar un bosquejo de la significación de las fortalezas de la provincia y deducir la influencia que han tenido en la historia patria ya es otra cosa. Para esto hay que pensar, opinar y decir algo, acertada o equivocadamente.

Y, además, el lector asimila poca cultura con que se le diga que tal castillo se construyó el año tantos, por Fulano, y fue tomado en tales o cuales batallas. Lo interesante, en efecto, es conocer la trascendencia que haya tenido en el desenvolvimiento de la vida española.



El castillo de Coca.

Varios castillos muy conocidos cuenta la riqueza monumental de la provincia de Segovia, que son los de Coca, Cuéllar, Turégano, Sepúlveda, Pedraza y Condado de Castilnovo. Otros hubo en la antigüedad que también representaron papel brillante en nuestras crónicas, como fueron los de Fuentidueña, Fresno, Ayllón, Montejo de la Vega y algún otro. Pero entre todos ellos descuella el castillo por excelencia, que no se llama vulgarmente castillo: el alcázar de Segovia.

La historia de estos castillos es, sencillamente, la historia de España. Lo que demuestra que Segovia ha sido el eje de la vida nacional en el transcurso de todos los siglos.

A grandes rasgos, intentaremos demostrarlo.

Empiezan los castillos segovianos a dar fe de vida con el de Coca, el viejo baluarte ibérico que el cónsul romano Lucio Licinio Lúculo atacó ciento cincuenta años antes de Jesucristo, y que dio lugar a uno de los episodios más bárbaros de la conquista latina en España. La caída de la fortaleza de Coca marca uno de los jalones de la penetración romana, de tanta importancia como Numancia y Sagunto.

Después, durante la invasión goda o simplemente germánica, de los llamados bárbaros del Norte, tuvo parte principal otro castillo segoviano, que fue, sin duda, el de Fresno, llamado posteriormente castillo de la tierra de Fresno o Castiltierra, como por contracción se llama hoy a un anejo de Fresno de Condespino.

Viene el aluvión árabe y se encuentra sin fortalezas el suelo

español, gracias a la torpeza de Wamba. Pero pronto los propios invasores van construyendo edificios que les guarezcan contra la reacción de los españoles, así como éstos los construyen para asegurar su reconquista y tener bases para otras nuevas. De aquí nació, como todos sabemos, el nombre de Castilla.

A Segovia le tocó un buen lote de estos baluartes.

Los primeros que entran en juego son los de Ayllón y Montejo, edificados por Fernán González para apoyar sus correrías; los de Fresno y Sepúlveda, tomados a los moros por el célebre Conde de Castilla, y los de Turégano y Segovia, el primero atribuido también al Conde Fernán, no sé con qué razón, y el segundo, de indudable origen moro.

Se destruye el primitivo castillo de Fresno (el castillo de la Tierra), se edifica un segundo en la misma villa y el de Montejo de la Vega pasa a ser la sede y refugio más seguro de Fernán González, sus hijos y descendientes, los González de la Hoz, ante las reacciones de la morisma.

El de Sepúlveda toma una aureola romántica con el desafío del héroe cristiano y los moros Abismen y Abubad, y pasa sucesivamente por manos católicas y mahometanas, entre otras por las de Almanzor, hasta caer definitivamente en poder del conde Sancho García, el de los buenos fueros, llamado así por ser precisamente autor del Fuero de Sepúlveda. Entre los cuatro citados castillos de Montejo, Ayllón, Fresno y Sepúlveda se libran todas las grandes luchas del siglo X, y la conquista definitiva del de Sepúlveda marca la libertad de Castilla y una de las épocas más salientes de la reconquista nacional.

La correría de Alfonso el Católico en 746 hasta Segovia había hecho necesaria seguramente la construcción del castillo moro de la capital, así como los de Castilnovo, Pedraza y Turégano. Su objetivo militar tenía que ser defender los pasos de la cordillera del Guadarrama. Desde aquel momento, los castillos no sólo influyen, sino que dan nombre a Castilla y son su vida misma.

Tan moro fue el primitivo alcázar segoviano, que su nombre mismo así lo indica: *alcázar*, palabra esencialmente árabe.

Conquistada definitivamente Segovia por Alfonso VI, el alcázar empezó a sufrir reformas a compás del desarrollo de la civilización cristiana. Estas obras de transformación culminaron en el reinado de don Juan II, con la construcción de la torre que lleva su nombre y que le convirtió en un castillo gótico, si bien nadie le ha podido quitar el nombre árabe de alcázar.

El castillo de Segovia es escenario de los más salientes hechos de la historia medieval. En él moraron casi todos los monarcas de Castilla y León desde Alfonso VI a Isabel la Católica, nacieron varios de ellos, se reunieron las Cortes, juraron varios soberanos y se recibieron embajadores extranjeros. Este castillo-palacio, cuando los reyes no podían aún dejar de ser los primeros gue-

rreros de su época, era la base de todas las expediciones de reconquista. De él partieron y a él volvieron los tercios segovianos a la conquista de Madrid, a la de Córdoba y Sevilla y a las Navas de Tolosa.

El alcázar-castillo segoviano es consustancial con los nombres de Enrique IV, de don Beltrán de la Cueva, de la Beltraneja y de la misma reina Isabel.

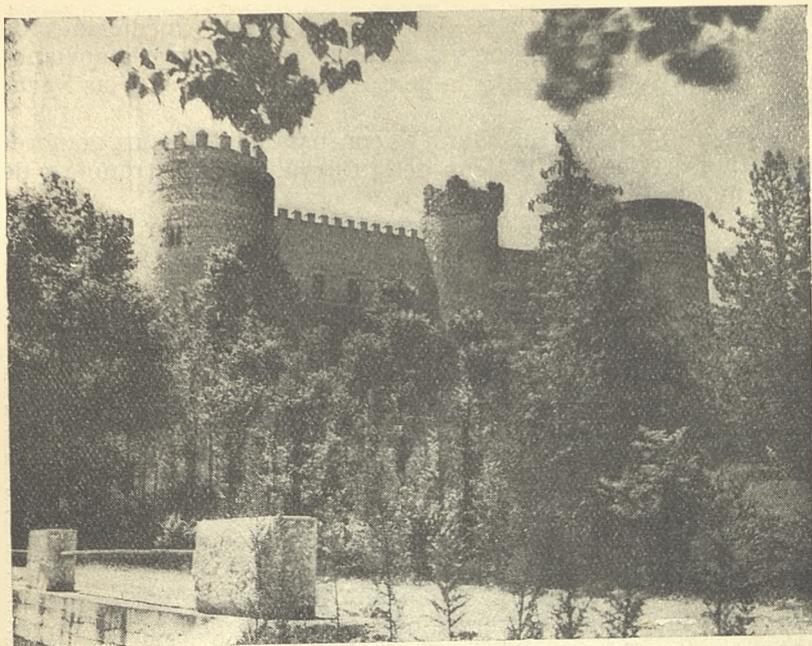
Finalmente, desde sus balcones cayó al abismo el infante don Pedro, dejando sin sucesión a una dinastía y torciendo acaso este hecho los destinos de la Patria.

El propio alcázar fue teatro, durante la guerra de las Comunidades, de la lucha entre los partidarios del Conde de Chinchón y los de Juan Bravo, y por ocupar el castillo no dudaron los comuneros en destruir la antigua catedral románica de Segovia.

Reedificado el alcázar en gran parte por Felipe II, fue destinado a arsenal de guerra y a prisión del Estado, uno de cuyos reclusos, entre otros muy célebres, fue el polígrafo Quevedo. Destinado después a Real Colegio de Artillería y medio destruido por un incendio, fue, luego de su última reedificación, Archivo General Militar y nuevamente prisión del Estado. Todos los sucesos salientes de la historia de España han pasado por este castillo, bien en forma corpórea, por verificarse dentro de su recinto, ora por llegar a él las personalidades que los ejecutaron, ya por guardarse entre sus muros los documentos en que constan o por venir a parar a ser encerrados dentro los protagonistas de tales sucesos. Desde Ruy Gómez de Silva a los cabecillas rojos del Frente Popular, pasando por Quevedo y el General Berenguer, raro ha sido el personaje histórico en desgracia que no ha vivido cabe el techo del alcázar de Segovia. ¿Se puede pedir mayor intervención de un edificio en la historia de una nación?

En tanto, las familias poderosas de los Fonseca, los Alburquerque y los Velascos levantaron en Cuéllar, Coca y Pedraza los famosos castillos que aun son admirados en su venerable decadencia. Su influencia en la historia es también patente y sus murallas han sido testigos de las luchas de las Comunidades, especialmente los de Coca y Cuéllar, feudo el primero del famoso Alcalde Ronquillo. En Pedraza tuvieron su asiento los Condesables Duques de Frias, de inolvidable intervención en la política española.

Hablemos ahora del castillo de Turégano, atribuido, como dijimos antes, a Fernán González, si bien la moderna investigación ha demostrado que la primitiva fortaleza quedó arruinada, erigiéndose en lo alto del cerro una iglesia románica, luego fortificada de una manera gradual, principalmente en la época del famoso obispo Arias Dávila, que hizo de la curiosa edificación, tan llena de problemas técnicos, una de las más importantes y originales de Castilla. ¡Tales obras habían ido añadiéndole



El castillo de Castilnovo.

sus poseedores! Actualmente esta fortaleza da clara idea de la arquitectura militar de la Baja Edad Media.

El castillo de Sepúlveda, del que aun quedan algunos restos erguidos sobre la plaza mayor de la villa, tuvo también intervención destacada en la historia. Empieza su fama con la toma por Fernán González, el duelo caballeresco de éste con los alcaides moros y la proclamación del primer Conde soberano, o sea el nacimiento de la independencia de Castilla. Sigue un siglo debatiéndose en las guerras de Almanzor, después de causar la muerte por la pena de su pérdida al repetido Fernán González; nace en él el fuero de Sancho García y en él tiene lugar la última fase del combate entre las tropas españolas del general Sanjuán y las huestes de Napoleón durante nuestra Guerra de la Independencia.

El castillo de Fresno, citado al principio, es testigo de la batalla de Candespina, en que don Alfonso de Aragón derrota y mata al conde don Gómez González de Salvadores, descendiente de Fernán González y amante de doña Urraca de Castilla, y de este modo se evitó, quizás, que una dinastía netamente castellana hubiese ocupado el trono de Castilla en el caso de que doña Urraca, viuda o divorciada, contrajera nupcias con el Conde de Candespina.

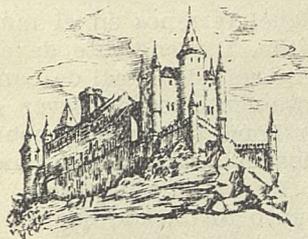
Como se ve—y no queremos alargar esta relación con otros muchos episodios verídicos—, los castillos segovianos son actores o testigos de todo cuanto ha ocurrido en España desde la invasión romana hasta nuestros días.

Saludemos a esas ruinas gloriosas, a esas piedras venerables.

Ellas, tanto o más que los pergaminos de los archivos, son la representación de la España de ayer. Porque ellas constituyen una prueba que no habla, pero se toca y se ve.

Sus siluetas gallardas, desafiantes aun a cierta distancia, imponentes en la lejanía, parecen indicar a los turistas la grandeza de nuestra tierra y a las juventudes sirven de alerta y recuerdo, como un cartel dejado por los héroes pasados para indicar a los de mañana rutas de imperio.

*(Fotos A. Prast.)*



# La torre del homenaje de Monforte de Lemos

POR CÉSAR-JOSÉ QUIROGA IGLESIAS

EN el centro geográfico de la plataforma aluvial del valle de Lemos, contorneado por las sierras de Incio, Meda, Caurel, Ventureira y Caldelas, emerge en estática singular el castro u otero de San Vicente del Pino, y, sobre él, la compleja estructura de un sistema fortificado medieval, desgraciadamente harto arruinado.

El monte del Pino, baluarte inexpugnable, por su privilegiada situación en medio del fértil valle de Lemos, rico y codiciado por su extensión superficial, fue cuna y asiento indiscutible de un cenobio en la primera centuria de la Reconquista. En el regazo de aquella comunidad monástica, de la Regla de San Benito, inicióse el primer núcleo urbano que, al devenir los siglos, infundiría alma, cuerpo y perspectiva al Monforte moderno. En el I Concilio de Oviedo, en el albor del siglo X, Alfonso III confirmó al monasterio de San Vicente del Pino la jurisdicción civil, eclesiástica y criminal sobre el valle de Lemos. Dos siglos más tarde, aparecen como *condes* del territorio *lemabo* don Froilán Díaz y su esposa doña Estefanía Sánchez, quienes, en 1104, adquieren del abad Miguel terrenos en el monte del Pino, para edificar y levantar villa. Descendiente de estos señores, en el siglo XII, debió ser el *conde* don Real de Lamaos (*¿Lemos?*), «a quien mataron alevosamente los de Sever (*¿Sober?*)» (1), sin duda los de la familia López de Lemos, repobladora del valle con el obispo lucense Odoario, según se desprende de un privilegio otorgado por Ramiro I en el año 847 (2).

Del soberbio conjunto fortificado que en la Edad Media coronó el castro del Pino, sólo se conservan algunos lienzos de muralla con torres desmochadas, resaltando en lo alto de la planicie del otero la airosa y monumental torre del homenaje, que, juntamente con su vecino el monasterio benedictino y el palacio de los Condes de Lemos, ofrece un relevante y encantador cromatismo.

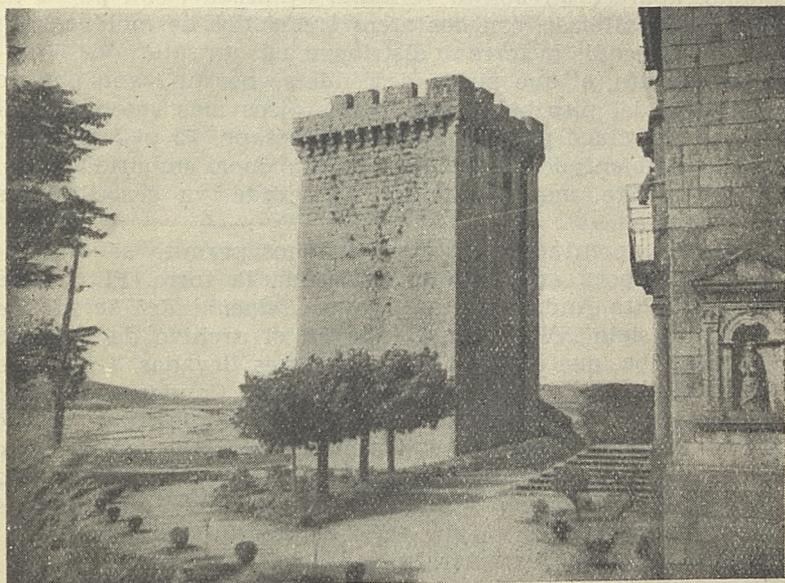
Nuestro trabajo se circunscribirá a estudiar las características de la torre del homenaje, principal baluarte defensivo de los Estados de Lemos y florón de incalculable valor arquitectónico medieval en Galicia. Ninguna le alcanza en la provincia lucense en majestad, perfección y altura, pues las famosas de

(1) Amor Meilán, Manuel: *Geografía del Reino de Galicia, Provincia de Lugo*, págs. 582 y 583.

(2) *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos de Orense*, Diego de Lemos. Tomo V, pág. 70.



Vista panorámica del castillo de los Condes de Lemos, en Monforte; monasterio benedictino y casa palacio, conjunto emplazado sobre el castro de San Vicente del Pino.



Torre del homenaje del castillo de Monforte de Lemos.

Castroverde, Caldelas, Torés, Arcos, La Candaira, San Payo de Narla y Doncos son inferiores en proporciones y elementos defensivos. Técnicamente, la torre del homenaje, del complejo militar medieval de Monforte, se presenta como un prisma regular de caras rectangulares, con base o planta cuadrada un poco irregular, con un grueso en sus muros de 3,30 metros. El ancho de los hastiales mide: Norte, 12,75 metros; Sur, 12,57; Este, 13,10, y el del Oeste, 13,20; formando tres cuerpos que se remeten ligeramente. La altura ideal de la torre, desde el vértice de la bóveda peraltada en que se apea la azotea, al suelo del sótano, tiene 26 metros, y desde la arista superior del almenaje a la base del hastial Oeste, 29, que, evidentemente, estructuran un cuerpo de proporciones extraordinarias. La única puerta de entrada es de arco apuntado con dovelaje liso, que se apoya sobre impostas sin decoración, que a modo de ménsulas soportan el timpano, blasonado con los seis roeles de los Castros; con un ancho de 0,80 y 2,30 de alto, elevándose más de 9 metros sobre la plaza, salvados por una escalera exterior de buenas proporciones, actualmente con 35 peldaños. El poderoso matacán, coronado de almenas, vuela sobre 51 órdenes de canecillos puestos de a tres. El aparejo empleado en toda la obra se compone de sillares de granito, bien unidos en hiladas ajustadas. Sobre la puerta de acceso al homenaje, en el piso segundo, aparece un bonito ventanal ajimezado, con poyos de piedra en el alféizar, con dos arcos trebolados de molduras en punta. El hueco de la torre se distribuye así: un sótano de 8 metros de peralto, al que puede descenderse por un vano abierto en el suelo del piso bajo; éste y tres pisos más, que en total vienen a ser cinco plantas incluido el sótano. El piso segundo se halla ambientado por una gran chimenea embutida en el paramento Este, más la ventana ajimezada, ya descrita, que abre al Norte.

Falta documentación histórica que nos permita señalar fijamente la época en que fue construida la torre. El notable crítico Sr. Pita Andrade cita (3) una *Relación del Estado de Lemos*, del siglo XVIII, conservada en el archivo de la Casa Ducal de Alba, que alude a reedificaciones llevadas a cabo en el siglo XVI en el castillo de Monforte por la Condesa de Lemos doña Beatriz, tercera en el título, conocida por la *Hermosa* (yo diría la *Prolífica*, pues no tuvo menos de catorce hijos), texto documental que hizo atribuir, indebidamente, a esta Condesa el alzado de la torre del homenaje. Analizando en conjunto la época y los hechos en que vivió e intervino esta dama (finales del siglo XV y primera mitad del XVI), habrá que con-

---

(3) Pita Andrade, Manuel: *Monforte de Lemos. Bibliófilos Gallegos. Colección Obradoiro*, V. Págs. 8, 10 y sigs.

venir no eran propicios para erigir esta clase de poderosos baluartes defensivos, en pleno reinado de los Reyes Católicos y del nieto de éstos, el Emperador; periodo en que se perfiló una nueva política centralista, estructurando un nuevo orden, en el que Fernando de Acuña y Garci López de Chinchilla imponían duramente la autoridad real en Galicia (4). Cronológicamente, el aparejo del homenaje habrá que buscarlo en el segundo tercio del siglo XV, centuria en la que *llega a su paroxismo la exaltación de las energías nobiliarias* (5). En el tercio segundo del siglo XV fue dueña del valle de Lemos otra doña Beatriz de Castro, que matrimonió con el recio don Pedro Alvarez Osorio, señor de Cabrera y Rivera, primer Conde de Lemos, en 1475, por merced de Enrique IV. Débil el brazo real, las luchas locales fratricidas constantemente ensangrentaban los solares gallegos, y hallamos en esta época una mayor justificación para la ejecución de la obra, obligada más, si cabe, en momentos que los pecheros trataban de sacudir el poder señorial con sus famosas *Hirmandades*, proceso social que alcanzó su máxima virulencia en 1467. Por otra parte, aun los pocos elementos decorativos que posee la torre abundan en nuestra hipótesis: los dos arcos trebolados del ajimez del ventanal, con lóbulos centrales apuntados, indican un gótico terciario, y nunca un propósito renacentista como el del monasterio de San Vicente, reconstruido en 1549 (tan próximo a la torre que casi se tocan), cuando vivía la tercera condesa doña Beatriz. Ajimeces de factura idéntica al de nuestra torre se conservan en sus paradigmas, del siglo XIV o XV, de Castroverde (6) y San Miguel de Penas (7), y los signos mazoneros del hastial Este del homenaje se presenta como del siglo XV (8).

Que doña Beatriz de Castro y su esposo, don Pedro Alvarez Osorio, primeros Condes de Lemos (1457), por la gracia de Enrique IV, se preocuparon evidentemente de levantar grandes bastiones defensivos que garantizasen la seguridad y continuidad de sus ricos y extensos dominios en Galicia, lo prueba, además, una inscripción que recoge don Vicente Risco (9) de uno de los torreones del castillo de Castro Caldelas, en la que se lee: «En el año de Nuestro Señor Jesucristo de mil quinientos sesenta se acabó esta obra. Mandóla hacer don Pedro Osorio, conde de Lemos, y su mujer doña Beatriz, hija del conde don

(4) Otero Pedrayo, Ramón: *Guía de Galicia*, pág. 109.

(5) Otero Pedrayo, Ramón: *Guía de Galicia*, pág. 108.

(6) Vázquez Seijas, Manuel: *Fortalezas de Lugo y su provincia* (Junta del Museo Provincial de Lugo), tomo I, pág. 261.

(7) Vázquez Seijas, Manuel: *Fortalezas de Lugo y su provincia* (Junta del Museo Provincial de Lugo), tomo I, pág. 136.

(8) Edmund Street, George: *La arquitectura gótica en España*.

(9) Risco, Vicente: *Geografía del reino de Galicia*, tomo de Orense, pág. 595.

Pedro el primero, Condestable de Castilla, *virrey?* del rey Alfonso el que ganó las Algeciras.» Los Condes a que alude este documento epigráfico no podían ser otros sino los que vivieron reinando Enrique IV, en el siglo XV, y el hecho de que el castillo de Caldelas haya sido terminado (mejor quizá, reparado o restaurado) en 1560, no niega haya comenzado su obra en la centuria anterior.

Este monte del Pino, solar venerable del Monforte de hoy, es digno de mejor suerte, porque puede enorgullecerse de poseer, en conjunto, uno de los documentos en piedra más relevantes de la historia guerrera medieval de Castilla.

(Fotos Gutiérrez Flores.)

Galerías

Preciados

Madrid

# O B I T U A R I O

POR FEDERICO BORDEJÉ

EL ilustre y distinguido artista norteamericano Mr. Albert Sheldon Pennoyer, miembro de nuestra Asociación, que el año pasado vino por primera vez a España, para visitar y pintar sus castillos más importantes, ha muerto el sábado 17 de agosto, víctima de un desgraciado accidente de automóvil ocurrido bajo los mismos muros del castillo de Maqueda, al que precisamente se dirigía a reconocer y dibujar, para marchar después, con el mismo objeto, al de Escalona.

El accidente debió de suceder hacia las cuatro y media de la tarde, en que un guardia civil del puesto de Maqueda descubrió desde el castillo al automóvil, destrozado contra un árbol. Identificado prontamente, el cadáver de tan señalado artista fue trasladado a Madrid, donde el día 20 de dicho mes fue inhumado en el cementerio británico de esta capital, con la asistencia de su hermano Mr. Richard Edmonds Pennoyer, llegado apresuradamente de Londres, y de otras personalidades oficiales y particulares de las colonias inglesa y norteamericana aquí residentes. Madrid ha tenido, pues, el triste privilegio de recoger y guardar los restos de uno de los más sinceros admiradores de España y de su historia, a las que, como nos confesaba una vez más, pocos días antes de su muerte, amaba fervorosamente.

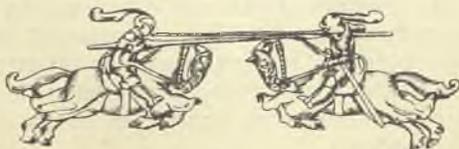
Animado por la cordial acogida que el año pasado se le había dispensado y por el éxito alcanzado en la notable exposición celebrada en el mes de octubre, en los suntuosos salones del Centro Asturiano, en la que presentó más de cuarenta acuarelas de castillos españoles, exposición luego repetida en Londres, donde logró el mismo aplauso que en Madrid, por parte del público y de la Prensa, Mr. Sheldon Pennoyer había vuelto nuevamente a España para continuar esa noble si que original labor de recoger y fijar con sus pinceles las estampas de nuestros principales monumentos militares, con la idea e intención de darlos a conocer al pueblo norteamericano, donde sus obras eran altamente señaladas y estimadas.

Sus primeros trabajos de este año los efectuó en la Costa Brava y las provincias de Huesca y Guadalajara, pintando algunas de sus más importantes fortalezas y recintos, proyectando después dirigirse a las regiones del Sur, a cuyo fin habíamos concertado unos cuantos itinerarios que le permitieran visitar los castillos más valiosos de Castilla la Nueva, Extremadura y la Alta Andalucía, a las que deseaba consagrar este verano sus viajes y actividades. El primero de esos itinerarios le dirigía, cual

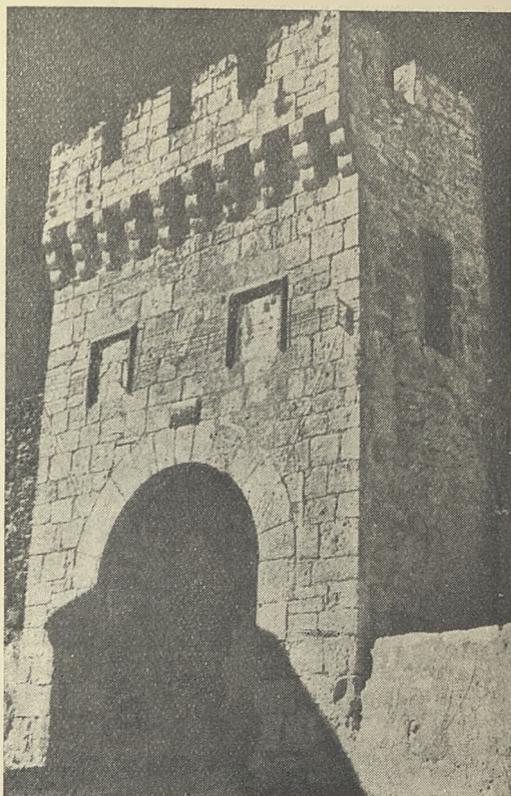
decimos, a Maqueda, Escalona y Guadamur, entre otros, y ha sido en esta primera salida, en la que, como siempre, marchaba muy ilusionado, donde le ha sorprendido su triste fin. Otro de sus proyectos consistía en acompañarnos en el mes de septiembre a visitar el Moncayo, donde es seguro que el notable y malogrado artista hubiera sabido captar las imponentes y sugestivas imágenes de las fortalezas, casi inéditas, existentes en el Somontano.

La muerte ha cortado los entusiasmos y fervores de nuestro bondadoso amigo hacia las viejas piedras fuertes españolas, por él sentidas y veneradas muy de verdad. El señor Pennoyer poseía un espíritu muy generoso e inocente, lleno de candor y gentileza. Como nos declaraba al volver a vernos este año, todo el invierno lo había pasado en Nueva York, estudiando, en lo que podía, nuestra Historia y nuestros monumentos, a los que por sus originales caracteres y por su recia presencia, él, que conocía a muchos otros de Europa, hallaba únicos en su clase y dignos del mayor respeto y estimación por su serena y majestuosa grandeza.

Dentro del trágico accidente, es signo y recuerdo inolvidable que la muerte le haya cogido, precisamente, al pie de los torreones de Maqueda, a los cuales, acaso, según nosotros pensamos, pudiera atribuirse la desgracia, al desviar la atención del señor Pennoyer para contemplarlos y admirarlos. El, que tanto adoraba a nuestros castillos, ha muerto justamente bajo los muros de uno de ellos. Esto, y la conservación de sus restos en el suelo de Madrid, debe acentuar en todos los fervorosos amantes de nuestras viejas piedras de Historia la memoria del bueno, noble y eminente artista.



Visita  
al  
castillo  
de  
Portillo  
(Valladolid)



(Foto  
Ortiz Echagüe.)

Puerta del recinto exterior.

EL domingo día 3 de noviembre pasado tuvo lugar en el castillo de Portillo, la fiesta o «lección» anual, impuesta por el finado profesor don Pío del Río-Hortega, al legar tan noble y valiosa fortaleza a la Universidad de Valladolid. Como en los años anteriores, y en tanto que el castillo no sea restaurado, la reunión tuvo lugar en la escuela del lugar, presidida por las autoridades del mismo y por el Decano y otros catedráticos de la Facultad de Letras, propietaria del monumento.

A dicha reunión, e invitados expresamente en nombre de dicha Facultad por el eminente profesor don Aurelio Viñas, Director del Instituto Hispánico de la Sorbona de París, que todos los años acude a la celebración de tal acto, asistieron, en nombre de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, los miem-

bros de su Junta Directiva señores don Germán Valentín-Gamazo, don Federico Bordejé, Conde de Gamazo, don Juan Francisco de Cárdenas y don Juan Sampelayo, no pudiendo concurrir, como lo deseaba, el señor Presidente, General Marqués de Sales, por encontrarse enfermo.

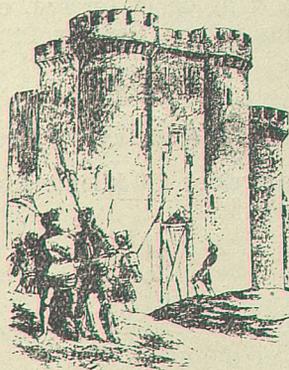
La «lección» corrió a cargo del Catedrático de Arqueología don Pedro de Palol, que dirige las excavaciones de unas importantes villas romanas y de otros yacimiento de igual orden, descubiertos cerca de la aldea de San Miguel y en otros lugares de los alrededores de Portillo. Tan distinguido profesor explicó, con frases muy felices y amenas los antecedentes que se deducían de dichas excavaciones para la historia de Portillo, que, pese a los actuales caracteres de su fortaleza y recinto, obras indudables del siglo XV, acreditan el hecho tan persistentemente mencionado de una mayor antigüedad, cuyos niveles arqueológicos han de hallarse bajo los cimientos del castillo. Después hizo una breve referencia a la historia del mismo, proclamando sus sucesos más importantes, entre los que resalta la prisión de don Alvaro de Luna, que el día 1 de junio de 1453 era conducido desde allí al cadalso de Valladolid.

Terminada tan interesante conferencia, los asistentes, a los que acompañaba todo el pueblo, se trasladaron al castillo, situado enfrente de la escuela, donde el Vicepresidente de esta Asociación e ilustre arquitecto don Germán Valentín-Gamazo, Jefe de la Sección de Castillos de la Dirección General de Bellas Artes y autor de importantes trabajos concernientes a la restauración de dicha fortaleza, expuso, con la gran competencia que le es propia, la historia constructiva del monumento, describiendo con todo detalle sus partes interiores, entre las que se cuenta el célebrado pozo mixto de agua y de luces, para alumbrar a las tres cámaras subterráneas superpuestas, yacentes a increíble profundidad y servidas por tramos de ciento trece escalones, terminando por explicar los trabajos que serían necesarios para reconstruir el castillo y destinarlo a los fines que la Universidad de Valladolid proyecta, como residencia de escritores y artistas.

Don Federico Bordejé pronunció a continuación unas breves palabras para hacer resaltar el hecho expuesto de la segura y lejana procedencia del pueblo y de su fortaleza, hoy encubierta por las líneas cuatrocentistas que la forman, lo que enseña y confirma, una vez más, la gran renovación de los castillos interiores en los siglos XIV y XV, al ser convertidos en exponentes de los dominios señoriales, y la precaución que ha de tenerse en el estudio de estas construcciones, las cuales, bajo sus paramentos presentes, ocultan en muchos casos otras edificaciones anteriores, allí bien manifiestas por la situación geográfica del lugar y las condiciones topográficas de su emplazamiento, que, necesariamente, tuvo que ser aprovechado en todos los tiempos para

las necesidades defensivas. Animó a los habitantes de Portillo a sentirse orgullosos de la posesión de tan espléndido monumento, en el que han de ver exclusivamente las causas y orígenes del pueblo, con todo cuanto ello supone para su misma existencia actual.

Terminados los actos, se efectuó una detenida visita del castillo y de la puerta aún subsistente del recinto amurallado de la villa, quedando todos los asistentes sumamente agradecidos a la afectuosa acogida que les fue dispensada por las autoridades y los habitantes de Portillo.



## Excursiones colectivas

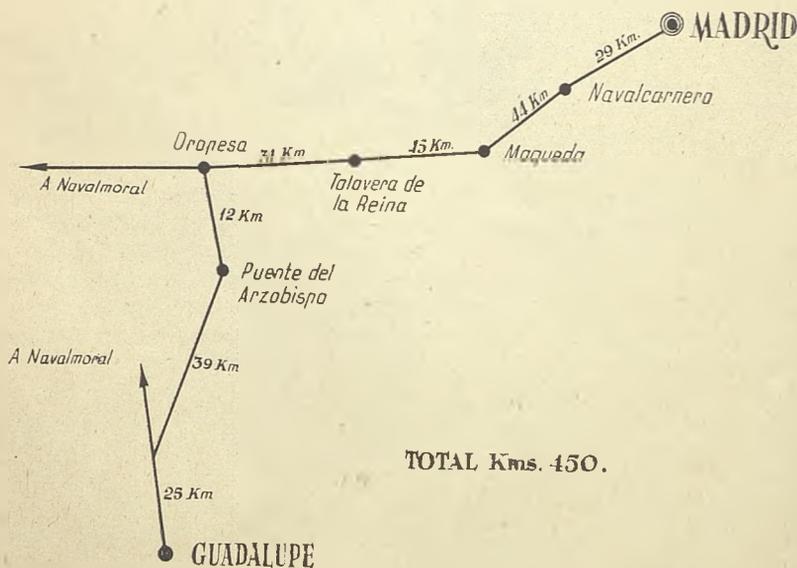
Como dijimos en el precedente número de nuestro BOLETÍN, el de las excursiones realizadas en la primavera del año en curso ha superado al de las de los anteriores. Tras el paréntesis estival, se han reanudado, efectuándose tres más.

En 29 de septiembre y 13 de octubre tuvieron lugar sendas excursiones al monasterio de Guadalupe. Obedeció la repetición a dicho lugar al hecho de que en la primera rebasaba el número de excursionistas inscritos al de las plazas disponibles en el autocar, por lo cual los que no contaron con ella en el vehículo el primer día fueron los integrantes de la segunda excursión. La tercera y última del año tuvo como finalidad la visita a los castillos toledanos de Novés, Barciencia y Montalbán. Al frente de la primera figuró el Jefe de la Oficina de la Asociación, don Antonio Prast; al de la segunda, el Vocal de la Junta Directiva, don Angel Dotor, y al de la tercera, el Bibliotecario, don Federico Bordejé, y los señores Dotor y Prast, ya mencionados.

### CIRCUITO

*Madrid, Guadalupe, Madrid*

Recorrido: 450 kilómetros.



Las dos excursiones realizadas a Guadalupe, pese al considerable recorrido, se desarrollaron de acuerdo con el horario prefijado, o sea salida de Madrid a las 8,45 y, tras breve descanso en Talavera de la Reina, llegada a Guadalupe a las 13,35. En el trayecto, a partir de Oropesa, pudo admirarse el grandioso puente sobre el Tajo, obra debida a los arrestos del famoso Arzobispo Tenorio, a la que responde la denominación del pueblo en que aquél se encuentra, y después, la sucesión de un variado y bellissimo paisaje a lo largo del nuevo circuito recorrido, con la Sierra de Altamira como fondo, al lado derecho, hasta llegar al agreste Puerto de San Vicente, y, más allá, la Sierra Palomera, de cambiante policromía, que bordea el zigzagueante camino, atravesando los valles de espléndida vegetación por los cuales discurren los ríos Guadarranque y Guadalupejo.

Ya en Guadalupe, los excursionistas hicieron un rápido recorrido al pintoresco pueblo cacereño, marchando en seguida, en vista de lo avanzado de la hora, al monasterio, a fin de almorzar en su hospedería. El día 29 de septiembre, o sea en la primera excursión, tras el almuerzo se realizó la detenida visita al monasterio, acompañados por el virtuoso y culto archivero del mismo, Fr. Arturo Alvarez, O. F. M., quien explicó a los excursionistas, con detenimiento y amenidad, cuanto representa y contiene el famoso santuario de la raza, de tan excepcional valor, tanto por su historia y arquitectura, cuanto habida cuenta de las obras de arte que atesora. En la excursión del día 13 de octubre, antes del almuerzo, don Angel Dotor leyó a los excursionistas el extenso y buido capítulo consagrado a Guadalupe en su obra *Cáceres y su provincia*, y, después, el P. Alvarez les acompañó y explicó también, de manera análoga a como lo hizo en el domingo anterior. Se estuvo de regreso en Madrid a las 11,30.

En páginas precedentes de este número se inserta un interesante trabajo sobre Guadalupe, original de nuestro colaborador don Celestino M. López Castro, que resume cuanto interesa conocer acerca del gran monumento.

\* \* \*

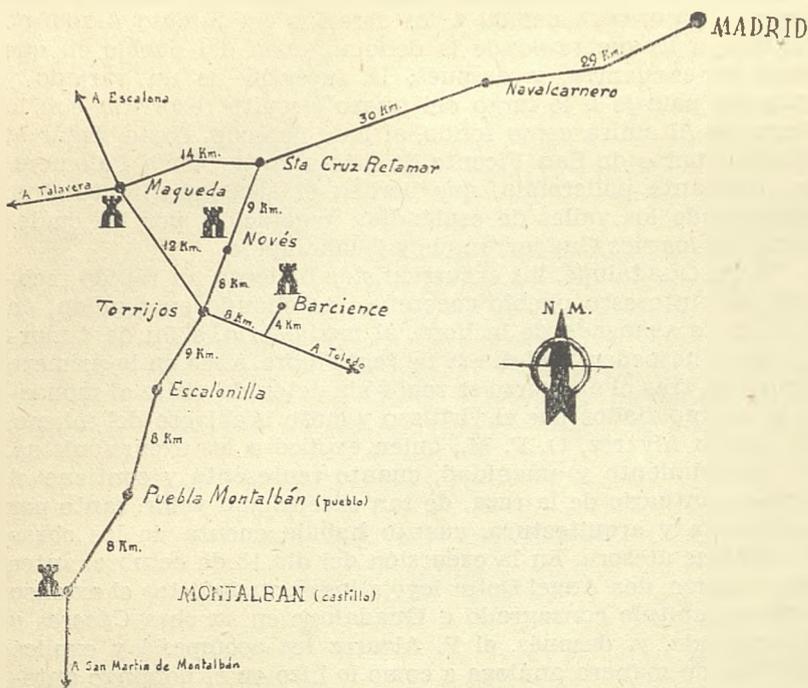
**E**N 20 de octubre, domingo autumnal aún más espléndido que los anteriores, tuvo lugar esta novena y última excursión del año 1957.

Se efectuó la visita al castillo de Novés, llamado de San Silvestre, para llegar al cual hubo que seguir, durante los últimos kilómetros, trayectoria distinta de la utilizada en noviembre de 1956, en que ya se estuvo en el mismo, porque la ruta más

## CIRCUITO

Madrid, Novés, Barciencia, Montalbán

Recorrido: 235 kilómetros.

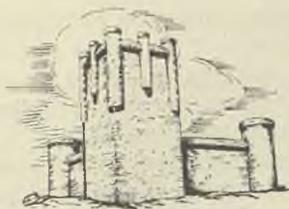


directa y asequible se halla por un camino que parte de la carretera de Santa Cruz del Retamar a Torrijos, al cual hubo que retroceder cuando supimos en el pueblo que se hallaba intransitable el otro aludido. A continuación se marchó a Barciencia y, dentro del patio de esta fortaleza, el señor Dotor leyó a los excursionistas el capítulo correspondiente a la misma que figura en su otro libro *Castillos de Toledo*.

No nos referimos aquí a la historia y características arquitectónicas de ambos castillos, San Silvestre y Barciencia, ya que acerca de ellos han aparecido interesantes reseñas en este BOLETÍN: sobre ambos, en el número 15, octubre-diciembre 1956 (crónica de la primera excursión efectuada a los mismos), y respecto al segundo exclusivamente, en el número 11, octubre-diciembre 1955 (artículo de don José Rico de Estasen).

Tras el almuerzo en Torrijos, tuvo lugar la segunda parte de esta excursión. Primeramente, al llegar a La Puebla de Mon-

talbán, se visitó el grandioso e interesante palacio de Uceda, situado en la típica plaza Mayor, para lo cual fue concedido previamente permiso a la Asociación por sus propietarios, los excelentísimos señores Duques de dicho título, que ostentan también, entre otros, los ducados de Osuna, Arcos, Gandía y Benavente, y después se reanudó la ruta, atravesando el Tajo hacia Montalbán. Este grandioso castillo, separado de la carretera cosa de kilómetro y medio, trayecto que es preciso recorrer a pie, constituyó legítimo motivo de admiración para los excursionistas. Los señores Bordejé y Dotor les explicaron con algún detenimiento su historia y peculiares características. Y como quiera que en este número aparece un extenso trabajo, de marcado interés evocador y descriptivo acerca del mismo, firmado por el segundo de dichos miembros de nuestra Junta Directiva, también omitimos mencionar aquí dato alguno sobre la fortaleza de referencia. La llegada a Madrid, de regreso de esta excursión, tuvo lugar a las 20,30.

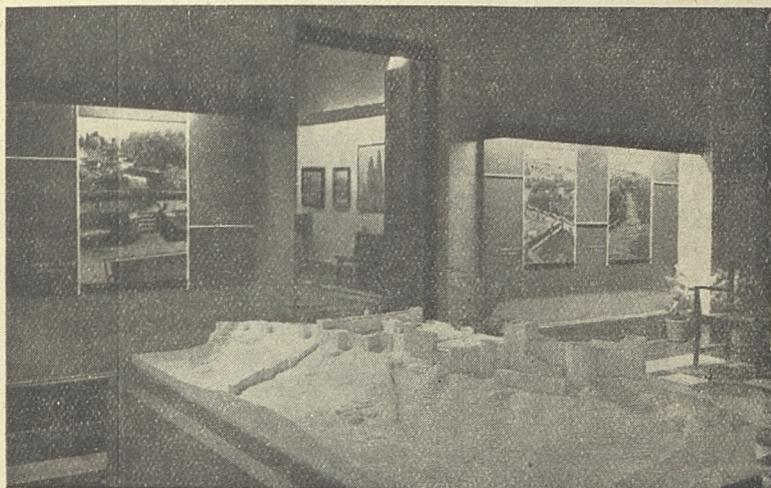


## La Exposición "Castillos del Reino de Granada"

POR EUGENIO SARRABLO

EN el histórico y monumental palacio de Carlos V, de la Alhambra de Granada, se inauguró el 26 de junio último la interesantísima Exposición arriba indicada, por los Directores Generales de Bellas Artes y de Arquitectura, señores Gallego Burín y Prieto Moreno, a quienes acompañaban el alcalde de Granada, señor Sola; el Presidente de la Diputación, señor López Nebrera, y un selectísimo público, en el que figuraban el Patronato de la Alhambra y la Directiva granadina de Amigos de los Castillos, con su Presidente, don Alfonso Gámir.

Nuestro querido Presidente, señor Marqués de Sales, en nombre de la Asociación organizadora del certamen, dirigió la palabra a la distinguida concurrencia, agradeciendo con cálidas frases a las autoridades de dicha capital el interés y la colaboración prestados para el éxito de la exposición. Comprendía ésta, especialmente, una serie de pinturas y grabados que, a lo largo de los siglos, recogen variados y curiosos aspectos de las fortalezas granadinas, entre ellos un plano de Antequera, que aparece en la rara obra geográfica *De civitate orbis terrarum*; cuadros desde el siglo XVII al XX, en los que se representan asuntos relacionados con castillos, entre los cuales destacan obras de Larrocha, Miguel Rodríguez Acosta e Isidoro Marin; una importante colección de maquetas, plantas, alzadas, perspectivas y fotografías de la Alhambra, de las alcazabas de Málaga y Almería y de los castillos de Salobreña, Gibralfaro, Santa Catalina, Alcalá la Real, Vélez Blanco y La Calahorra. Una de las maquetas más valiosas comprendía ese conjunto de nombres evocadores y sugestivos que son la Alhambra, Torres Bermejas y el Generalife. Dibujos, óleos y acuarelas de Ismael Gómez de la Serna, Eulalia Dolores de la Higuera, Soria Aedo, López Díaz de la Guardia, Salcedo Mínguez, Manuel Orozco, Estellés Bartual, Gómez Fraile, Marino Antequera, Juan de Dios Morcillo, Emilio Orozco y Villar Yebra dieron un alto relieve artístico al conjunto castillológico, valorado todavía más por el magnífico óleo en que Pérez Villamil representó el castillo de Gaucín, por muebles, armaduras y grandiosos tapices cedidos por el Cabildo del Sacro Monte y por la Dirección General de Bellas Artes. La Exposición fue muy visitada y elogiada, y en el recinto de ella pronunció una interesante conferencia el Director del Museo Arqueológico, don



Dos de las tres salas que con el vestíbulo general, el de Arquitectura y la Cámara constituían la magnífica Exposición realizada por la Sección Provincial de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, de Granada, en el palacio de Carlos V.



Jesús Bermúdez Pareja, partiendo, en amenisima forma, del romance en que el rey don Juan II de Castilla intenta informarse, por el príncipe Aben Amar, de Granada, de los castillos existentes en este reino moro. Glosando las fortalezas que se refieren en la poesía citada, y con copiosa erudición de datos arqueológicos e históricos, resaltó las diferencias existentes entre los castillos moros y los cristianos de la Edad Media, sobre todo en esa línea fronteriza, siempre imprecisa, pero siempre erizada de torres defensivas o de señales, y en cuyos puntos más elevados se alzaban fortalezas, bajo cuya guardia descansaban tranquilas las poblaciones cercanas. La Exposición ha removido en Andalucía oriental el sentimiento de conservación de lo que queda de esos famosos castillos del Reino de Granada.



## Bibliografía

FERNÁNDEZ ALVAREZ, Manuel: *Aportaciones a la Historia del Turismo en España*. Prólogo de Francisco Torras Huguet. Madrid, 1956. Ediciones de la Secretaría General del Ministerio de Información. Gráficas Ibarra. Vol. de 191 págs., ilustrado con 12 láminas, 19 × 13 cm.

Constituye este interesante volumen una colección de relatos de viajes debidos a famosos autores, principalmente extranjeros, desde el Renacimiento hasta el Romanticismo, a modo de antología breve, con amplia glosa y atinados comentarios, en los que aparece descrito y enjuiciado considerable acervo de lo más sustancial de paisajes y ciudades, monumentos y costumbres hispanos a lo largo de más de cuatro siglos. El autor ha sabido articular muy bien los temas y aspectos más representativos y característicos en función de época y significado, haciendo resaltar no sólo la objetividad específica, sino también la vinculación cronológica respectiva con que el hombre de hoy los ve en la perspectiva de lo pretérito. Patentízase como resultado de esa tarea investigadora y de compilación el cambio experimentado con el transcurso del tiempo en orden a los motivos que atrajeron a los visitantes foráneos, o sea las razones turísticas que tuvieron para venir a España.

Libro de doble y bien patente valor, tanto histórico como literario, animado, además, con la reproducción de bellísimos grabados antiguos representativos de aspectos de poblaciones y monumentos—sin que falte, entre éstos, algún castillo—, *Aportaciones a la Historia del Turismo en España* responde cumplidamente con su contenido a cuanto de interés denota su rótulo. Tras el prólogo y el preámbulo, brindanse sus cinco capítulos, que son: 1. El siglo XV (El Camino de Santiago. El Mar Tenebroso. La frontera con el moro. Otros atractivos). 2. La época imperial (Las empresas oceánicas. La vía jacobea. La huella mora. La noble antigüedad. Las ciudades). 3. El siglo XVII (La caída del Imperio. La España «pintoresca»). 4. La Ilustración (La guerra de Sucesión. Reordenación administrativa. El incentivo artístico. El pintoresquismo. Las ciudades y los pueblos). 5. El siglo XIX (El encanto romántico. La nota pintoresca). Al final aparece el amplio apartado de notas, sumamente útil para la consulta, y que pone de manifiesto la minuciosa y concienzuda tarea erudita que requirió la redacción de la obra.

A. D.

\* \* \*

NEGRE PASTELL, Pelayo: *El castillo de Requeséns*. Tirada aparte de los «Anales del Instituto de Estudios Gerundenses del Patronato José Maria Quadrado». Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Patronato de la Excm. Diputación Provincial de Gerona. Año MCMLIV. Vol. de 64 págs., ilustrado con 2 láminas, 24,5 × 17,5 cm.

He aquí una admirable monografía, de indole exclusivamente histórica, acerca del famoso castillo situado en el Alto Ampurdán, muy próximo ya a las estribaciones pirenaicas. En ella hace su autor verdadera gala de una casi exhaustiva labor investigadora, merced a la cual ha podido brindar al lector la historia completa, admirablemente articulada, del monumento y del lugar en cuyo término municipal se asienta, cuya cita más antigua data del año 859. Es muy interesante la transcripción que en la obra aparece de documentos, algunos sumamente curiosos, a más de numerosas referencias a otras aportaciones bibliográficas de indole histórica, que contribuyen a completar el perfil pretérito del monumento, que en el decurso secular sufrió tantos avatares, explicables dada su situación fronteriza. La acuidad del autor al no sentar afirmaciones carentes de testimonios documentales le hace negar la vinculación a este castillo del famoso milite don Luis de Requeséns y Zúñiga, contra lo que aparece consignado, infundadamente, en algunas obras.

El castillo era posesión de los Condes de Rosellón, castlanes o señores feudales, en el siglo XI. Después hay un gran lapso del que no ha sido posible al autor obtener datos esclarecedores acerca de a quién perteneció la fortaleza, ya en el siglo XIII, por lo cual existen dudas de si serían sus dueños los Condes de Barcelona, Reyes de Aragón, herederos de los antiguos Condes de Rosellón, o bien los Condes de Ampurias, o, por último, los Vizcondes de Rocaberti. En la segunda mitad del XIV aparecen los Condes de Ampurias como poseedores de ella. En la XV centuria la heredó la Casa de Rocaberti, y después se inicia para el castillo la era de su decadencia, hasta el punto de que en el primer tercio del siglo XVIII se encontraba totalmente arruinado, según testimonio del prelado gerundense Taverner y de Ardena. A finales del siglo XIX emprendió su reconstrucción don Tomás Rocaberti de Dameto, conde de Perelada y vizconde de Rocaberti, la cual fue ultimada, con toda esplendidez y propiedad, por sus sucesores. Pero después de haber pertenecido durante medio milenio a los Rocaberti, a partir de 1923 ha pasado a ser propiedad de cuatro diferentes personas o entidades, y, lo que es más de lamentar, en 1936 fue víctima de los desmanes entonces habituales en la llamada zona roja, quedando saqueado y desmantelado.

A. D.

URI, S. P.: *De burcht van Kerak, of de Krak van Moab*. (S. 1.) 1955, 11 págs. 8.º

Entre los castillos que los cruzados del siglo XII construyeron en el territorio de la actual Jordania, el de Kerak es uno de los mejor conservados. Su carácter inexpugnable le valió el ser bautizado con la denominación de *Krak*, que significa lo mismo que el alemán *Höheburg*, o también el más poético de *Petra deserti*. Levantado en 1142 por Pagano el *Botellero*, alto funcionario de la Corte del rey de Jerusalén Fulco de Anjou, pasó, por su matrimonio con Estefanía de Milly, a Reinaldo de Châtillon, antes príncipe consorte y soberano de Antioquía, de carácter agresivo que suscitó, por ello, contra sí y contra el reino de Jerusalén, el odio inveterado de Saladino. Durante el banquete de bodas de 1183, este gran jefe sarraceno sitió, por primera vez, el castillo, pero el gran monarca leproso Balduino IV —una de las más bellas figuras de la cristiandad oriental— dispersó a los sitiadores. Otro segundo sitio acabó también con el fracaso de los musulmanes. Pero después de la catastrófica batalla de Hittin, en 1187, el inquieto castellano Reinaldo de Châtillon vino a caer en poder de su mortal enemigo Saladino, que le decapitó por su misma mano. El castillo cayó en poder de los musulmanes después de un año de sitio, a fines de 1188, pero no fue destruido a causa de su situación estratégica.

E. S. A.

### DE INTERES PARA LOS SEÑORES ASOCIADOS

En atención al considerable aumento sufrido por el franco y derechos de reembolso para la cobranza de provincias, sugerimos a los señores asociados que lo estimen oportuno, indiquen si se les puede girar el reembolso por una anualidad, pues de esta manera se economizarían 9 pesetas de gastos.

## *Boletín de la Asociación Española de Amigos de los Castillos*

*Oficina: Calle del Carmen, 12, 2.º dcha. - Teléf. 21 24 54  
Horas: De 5 a 9*

### *Precios de suscripción*

*Un año (cuatro números). . . . . 45 ptas.*

---

*Número corriente. . . . . 12 »  
» atrasado. . . . . 15 »*

## **A V I S O**

### **A LOS SEÑORES ASOCIADOS**

Se ruega a los señores asociados que no nos han remitido las dos fotografías para el carnet de identidad, lo hagan a la mayor brevedad posible, para poderse lo enviar debidamente cumplimentado.

Dicho carnet de cartulina es gratuito. Para los señores asociados que lo deseen, tenemos carteritas de piel corinto, para el carnet, con celuloide y tarjetero, y en la portada, la insignia social en oro, al precio de **25 pesetas** (incluidos gastos de envío).



**CHAMARTIN**

DESPUES DE SUS GRANDES TRIUNFOS  
INTERNACIONALES

MARCELINO PAN Y VINO  
TARDE DE TOROS  
MI TIO JACINTO

Y

UN ANGEL PASO POR BROOKLYN

PRESENTARA PROXIMAMENTE

**EL MARIDO**

CON

AURORA BAUTISTA y ALBERTO SORDI

DIRECTOR:

**FERNANDO PALACIOS**

# Tan famosas

COMO LOS VIEJOS CASTILLOS ESPAÑOLES, SON  
HOY LAS FORTALEZAS INDUSTRIALES QUE SITUA-  
DAS ESTRATEGICAMENTE DEFIENDEN LA ECONOMIA  
NACIONAL



MANUFACTURAS FOTOGRAFICAS  
ESPAÑOLAS, S. A.

HA LANZADO AL MERCADO DOS PRODUCTOS DE  
EXCEPCIONAL CALIDAD:

**PELICULA CINEMATOGRAFICA**  
y  
**PELICULA RADIOGRAFICA**

FACTORIA:  
Calle de la Reina  
ARANJUEZ

NUEVAS OFICINAS:  
Avda. de José Antonio, 84  
Tels. 32 09 99 y 32 02 31  
(Edificio España)-MADRID

# BANCO HISPANO AMERICANO MADRID

Capital social.....	550.000.000	Ptas.
Capital desembolsado .....	525.000.000	»
Reservas .....	857.500.000	»

## CASA CENTRAL Y DEPARTAMENTO EXTRANJERO

Plaza de Canalejas, núm. 1

### SUCURSALES URBANAS:

Alcalá, núm. 68	Lagasca, núm. 40
Atocha, núm. 55	Legazpi (Gta. Bta. M. <sup>a</sup> Ana Jesús, 12)
Av. José Antonio, n.º 10	Mantuano, núm. 4
Av. José Antonio, n.º 29 (esquina a Chinchilla)	Mayor, núm. 30
Av. José Antonio, n.º 50	Narvéz, núm. 39
Bravo Murillo, 300	P.º Gral. Martínez Campos, 31
Conde de Peñalver, 49	P. <sup>as</sup> Emperador Carlos V, 5
Duque de Alba, 15	Pte. Vallecas (Avda. Albufera, 26)
Eloy Gonzalo, n.º 19	Rodríguez San Pedro, 66
Fuencarral, n.º 76	Sagasta, núm. 30
J. García Morato, 158 y 160	San Bernardo, 35
	Serrano, núm. 64

Aprobado por la Dirección General de Banca, Bolsa e Inversiones, con el núm. 2.073



IMP. COSANO - PALMA. 11 - TEL. 225595 - MADRID